

TRIDUO DE GS
«Prosigo mi carrera para alcanzarlo»
(San Pablo)

Triduo Pascual de Gioventù Studentesca
Rimini, 17-19 abril 2014

INTRODUCCIÓN

JOSÉ MEDINA

Jueves 17 abril, por la noche

Ballata dell'uomo vecchio

Era de maggio

Liberazione n. 2

Aquí estamos, Señor, «bestiales como siempre, carnales, buscándose a sí mismos como siempre, egoístas y cegatos como siempre, / pero siempre luchando, siempre reafirmandose, siempre reanudando la marcha por el camino iluminado por la luz; / a menudo deteniéndose, vagueando, perdiéndose, retardándose, volviendo, pero sin seguir otro camino»¹. Llenos de exigencia y de deseo de encontrar a alguien que pueda llenar, colmar la grandeza del corazón, «en nuestra carrera para alcanzarlo»², para dejarnos aferrar por Él, que ha salido a nuestro encuentro.

Te pedimos, Padre, que no nos abandones. Ilumínanos, sostennos. Ven enseguida a liberarnos. A liberarnos de la ilusión de que la apariencia es la consistencia de la vida. Ven señor a liberarnos de la angustia ante lo cotidiano. Abre nuestro corazón, de modo que podamos apartar todo de la sombra y ponerlo a la luz; da a cada cosa su verdadera forma. Te suplicamos, Señor, conscientes de nuestra poquedad y de nuestra grandeza. Cantemos juntos *Desciende Santo Espíritu*. De pie.

Desciende Santo Espíritu

EL GRITO DEL “YO”

Os agradezco el trabajo que habéis realizado como preparación para este momento. He encontrado una gran lealtad en vuestras contribuciones, que son expresión del trabajo y de la fatiga que habéis vivido al haber decidido ser «“vergonzosamente” felices». Se percibe que habéis acogido el desafío que os lanzó Julián Carrón en la Jornada de apertura de curso³. También os doy las gracias por vuestra presencia, que es en sí misma una expresión de la pregunta, de la inquietud que cada uno de nosotros lleva en el corazón. Somos pequeños, muchas veces estamos distraídos, y al mismo tiempo nos apremian las cosas, deseamos encontrar a alguien que pueda colmar la grandeza de la espera de nuestro “yo”. Y aunque todo en nosotros y a nuestro alrededor conspira para acallar, para enterrar al “yo”, la sustancia de nuestro corazón aflora inevitablemente en todo momento. El “yo” es espera, es pregunta. Podemos tratar de enterrar estas preguntas, de eliminarlas, pero en cuanto la realidad se presenta ante

nosotros de modo inesperado, vuelven a surgir de nuevo, queriendo encontrar una respuesta.

Escribe uno de vosotros: «La semana pasada murió una amiga en un accidente, y como consecuencia volvió a aflorar en mí de forma apremiante el tema de la muerte de mi padre. Volvió a brotar el grito que sentía ante la muerte, y no deja de hacerlo. Cuando murió mi padre yo era pequeña, y quizá me bastaba [...] la explicación de mis hermanos, pero ahora ya no me vale. [...] A pesar de que han pasado muchos años, el dolor es el mismo, ni más ni menos. [...] Pero con frecuencia es más fácil tratar de olvidar, tratar de disminuir la intensidad del grito que afrontar el dolor [...] en la vida cotidiana. El problema es que, tarde o temprano, acaba volviendo inevitablemente». ¿Lo veis? Las preguntas no se pueden eliminar con simples explicaciones, y de hecho vuelven a salir a la luz. El corazón es necesidad insaciable de una respuesta de la que el hombre no puede escapar. Es mentira decir que se puede «aparcar» u olvidar la pregunta. Tú y yo somos espera por naturaleza, somos pregunta, no porque tú lo quieras, no porque lo sientas así, sino por naturaleza. El hombre es ese nivel de la naturaleza en el que esta se vuelve pregunta, pregunta por el destino y por la felicidad.

¿CUÁL ES LA RESPUESTA A ESTA EXIGENCIA?

Habitualmente, tratamos de responder a estas preguntas con nuestra capacidad, a la pregunta por la felicidad, a la pregunta por el sentido de la vida. Creemos que la respuesta tiene que ser algo que entre dentro de nuestra medida, dentro del horizonte de nuestra imaginación, que sea expresión de nuestro poder. El punto de partida habitual es la pretensión que tenemos de pensar que somos capaces de identificar el significado total de la existencia con un aspecto particular, que tenemos el poder y la capacidad de hacer que suceda.

Ante la exigencia que surge en nosotros de felicidad, de sentido de la vida, normalmente respondemos que hay que hacer algo o que eliminar algo, algo que nosotros podemos hacer para dar significado a la vida. Y creemos que el sentido de desproporción, de incapacidad, es un lapsus momentáneo que será llenado con el tiempo, eliminado a través del olvido o, a veces, incluso, con la oración. De hecho, muchas veces decimos: «No soy capaz de conseguirlo; pero si Dios me ayuda, conseguiré obtener lo que quiero». Cuántas veces nuestra oración se convierte en pedir a Dios que nos ayude a realizar la respuesta que tenemos en la cabeza, que hemos pensado que es la más justa.

Esta es nuestra posición ante la vida: pretendemos conocer el sentido de todo y por ello ser capaces de realizar el sentido de la vida. Esto es la modernidad, la cultura dominante: la exaltación de la idea de que el hombre puede ser un dios, completo, perfecto, si necesidad de una relación con Dios, y de que todo lo que no corresponde a mi medida hay que temerlo u olvidarlo. Esta es nuestra posición: yo respondo a la pregunta, y si no lo consigo, pido ayuda, pido a Dios que me dé la fuerza para llevar a cumplimiento «mi» respuesta.

Pero la experiencia nos dice algo muy distinto. Los aspectos particulares de la vida (los amigos, la escuela, la familia, el dinero) no parecen tener la capacidad de dar una respuesta que esté a la altura de mi deseo. Le pedimos todo al amor, al amor a una mujer

o a un hombre; le pedimos todo a las notas, al dinero, pero nada nos basta. Al final todo termina desilusionando, no nos trae la liberación que esperábamos; es más, nos hace volvernos violentos, y con el tiempo incluso los amigos nos acaban molestando, la misma vida es una molestia. Escuchad a esta amiga: «No ha pasado nada grave ni especial, pero todo ha empezado poco a poco a molestarme. Me sentaba mal levantarme por las mañanas, ir al colegio, estar con los amigos. Me molestaban incluso las personas que obstinadamente me mostraban que me querían. En resumen, toda la vida me irritaba».

Todos nosotros hemos terminado siendo víctimas de esta mentalidad dominante que pretende que la apariencia sea la respuesta al deseo del hombre. Nos hemos convencido de que somos nosotros los dueños de nuestra existencia y de nuestro destino, pero esto lo único que hace es traernos desolación. Todos nuestros esfuerzos no nos llevan más que a la desolación. Cuanto más convencidos estamos de que podemos apañárnoslas por nosotros mismos, más desilusionados estamos y más inseguros nos volvemos. Cuanto más creemos que podemos arreglárnoslas solos, más empantanados estamos. Escribe una amiga: «El canto, la escuela, el baile, los amigos, la familia. Por muy importantes que sean para mí todas estas cosas, no son suficientes [...] porque todas me desilusionan. [...] Según pasa el tiempo me siento cada vez más vacilante, creo que me levanto pero vuelvo a caer, me animo yo sola pero un instante después vuelvo a llorar». ¡No corresponde! Nos imaginamos qué es lo que nos va a hacer felices, tratamos de obtenerlo y al final nos desilusionamos. Otra amiga nos escribe: «En el momento en que me convengo de hacer algo por mi bien, me hundo en la más profunda paranoia, que en cierto modo podría compararse con la desesperación de Schopenhauer: “La vida es como un péndulo que oscila incesantemente entre el dolor y el aburrimiento a través de momentos fugaces de felicidad” [...] Pero, ¿se puede considerar esto como vida? Parezco un robot que ha empezado a comportarse mecánicamente, como alimentado por un interruptor, ya no encuentro sentido en las amistades [...] incluso me he cansado de las personas que están a mi lado».

La vida es un péndulo que oscila incesantemente entre el dolor y el aburrimiento⁴. Cuanto más afirmas tu poder, tu capacidad, más violento te vuelves hacia ti mismo y hacia los demás. El otro, el desconocido, es percibido inmediatamente como enemigo. Consideramos al otro como un obstáculo porque no corresponde a nuestra imagen, y de este modo, las relaciones con las personas se vuelven violentas, es decir, relaciones de poder.

La experiencia hace emerger en nosotros una capacidad *casi* ontológica, porque en los momentos en los que ya no puede esconder la insatisfacción, el hombre que se considera como medida de todo se queda solo, como un dios sin compañía. Las manos tratan de aferrar, de acariciar el rostro amado, pero no existe relación. Todo termina y muere. Una soledad abismal que lleva, en última instancia, a un odio a sí mismo, como lo describía Nietzsche: «Un día el caminante cerró la puerta tras de sí y lloró. Luego dijo [mirad lo que grita]: “Este ardiente deseo de la verdad, de la realidad, de lo no aparente, de lo cierto, ¡cómo lo odio!”»⁵.

La mentalidad dominante, que no es sino la exaltación del pecado original, afirma: «Tú puedes ser dios sin Dios». Pero sin la relación con Él, el hombre está solo,

desintegrado, y la inquietud se convierte en angustia. El hombre ya no está maravillado ante lo desconocido, ya no se siente atraído, sino que tiene miedo, está asustado de su propio límite. Todo se convierte en condena, incluso su propio “yo”. Todo está reducido, incluso el deseo, a algo que solo puede ser obtenido con su capacidad. Cantamos juntos *Sometimes*.

Sometimes

RENUNCIO A MI INTENTO DE SER FELIZ

«Renuncio a mi intento de ser feliz»⁶. Con esta afirmación sincera y desesperada, el escritor Jack Kerouac explicita la modalidad con la que con frecuencia tú y yo vivimos la vida. No se puede crear la felicidad, ni se puede seguir siendo uno mismo en su búsqueda, parece imposible, y entonces uno renuncia a su intento de ser feliz. Escribe una amiga: «No alcanzar la felicidad durante muchos años te hace estar cansada y sin fuerzas. Ahora me siento como en la última playa, no sé cómo moverme, tengo el corazón lleno de cicatrices, la camiseta sudada, los zapatos gastados, pero no veo todavía la cumbre y, aunque sé que existe porque ya he estado en ella, no encuentro el camino para alcanzarla».

El hombre no es capaz de darse la felicidad a sí mismo, no tiene ni siquiera la energía para ser él mismo y para vivir la vida escuchando sus propias preguntas; de este modo, con el paso del tiempo, renuncia a su intento de ser feliz.

Todos los hombres experimentan esta exigencia del corazón, pero el dolor es demasiado grande, caen a tierra y permanecen ahí, quietos. Después de haber gastado la juventud tratando de aferrar algo que pueda cumplir la vida, deseando ser “vergonzosamente” felices, uno corre el riesgo de rendirse. Y esa rendición contiene una afirmación implícita: «Pues sí, a quién le importa, qué más da». Es una mentira conocida por todos, que nunca se dice en voz alta. Se afirma que no hay nada que se pueda hacer para satisfacer el grito del corazón, y como duele sentir este grito, esta exigencia, entonces renuncio y digo, mintiendo: «Todo va bien».

Como muchos de vosotros, Kerouac se rebela ante el pensamiento de que no se pueda alcanzar la felicidad, pero no puede eliminar la impresión imponente de un desierto árido en la propia vida. Mirad lo que escribe: «En mi vida he tenido ya dos mujeres, a una la he echado y de la otra me he escapado, y cientos de jóvenes amantes, cada una de las cuales ha sido traicionada por mí o engañada de algún modo. [...] Ahora miro mi cara en el espejo y la encuentro desagradable». Y en un momento de sinceridad resignada se rinde, haciendo explícito lo que todos creen al final aun sin decirlo nunca: «Todo irá mejor, la desolación es desolación [...] y la desolación es todo lo que tenemos, y al final la desolación no está tan mal»⁷.

La propuesta de la cultura dominante es terrible en última instancia: todo da igual, haz lo que te apetezca, porque en el fondo nada tiene valor. Acepta implícitamente – sin decirlo – que no es feliz. Esta es la miseria humana: el olvido del “yo”, una abdicación existencial. Es aquí donde hunde hoy sus raíces la angustia de vivir. El objetivo de la vida ya no es el descubrimiento, ya no es la aventura, sino la defensa burguesa de lo poco que se tiene. El intento de eliminar y de obstaculizar con otra cosa cualquier toma

de conciencia del grito que tenemos en el corazón, de nuestro propio “yo”. Este es tu drama, mi drama.

El hombre, impotente para ser él mismo, siente que no tiene energías para vivir. «Renuncio», dice Kerouac. El hombre elige el pesimismo profundo y total. Un pesimismo que conduce a una pérdida del gusto por la vida, favoreciendo una mentalidad burguesa sin demasiados altibajos. Las cosas van medianamente bien. Es cierto que hay altibajos, pero lo importante es que la media sea aceptable y que la tarea de la vida ya no sea encontrar respuesta al deseo, sino esconder la pregunta con distracciones, con una colección de «experiencias» que consumir, que por un momento te dan la impresión de que estás vivo, te ayudan a hacerte la ilusión de que puedes conseguirlo. Una colección de emociones que esconda el dolor demasiado fuerte de una vida consagrada a la nada. Y entonces puedes emborracharte o cortarte los brazos (autolesiones, llamado *cutting*), puedes estudiar sin medida. ¡Todo para olvidar este grito del corazón!

Una vida burguesa se convierte fácilmente en el ideal de la vida, una vida en la que solo estamos preocupados por el sentimiento momentáneo que experimentamos o por la opinión de los demás. Reducimos el deseo de felicidad y de amor a una emoción. La propuesta de la mentalidad moderna es: conformaos, renunciad al deseo de ser felices. El intento del hombre valiente de encontrar el infinito ha sido sustituido por la aceptación de que estamos moribundos. La razón se convierte así en la afirmación de una mentira, y la libertad en el sostén de una mentira.

Esta es la elección que ha hecho el hombre contemporáneo: odiarse a sí mismo, cerrar la puerta al ímpetu del corazón, rebelarse contra la naturaleza de su propio corazón. Esta es la miseria del hombre moderno: quitarse de encima el Misterio. Pero al hacer esto, no ha sido más libre, sino más esclavo, esclavo de la tiranía de la mayoría, que predica el olvido. De este modo, el hombre no es libre, no es él mismo. Cantamos *Non son sincera*.

Non son sincera

NUESTRA GRANDEZA

En contraposición a esta desilusión, resuenan potentemente las palabras del papa Francisco en la Jornada Mundial de la Juventud: «Atreveos a ir contracorriente. Sed capaces de buscar la verdadera felicidad. Decid no a la cultura de lo provisional, de la superficialidad y del usar y tirar, que no os considera capaces de asumir responsabilidades y de afrontar los grandes desafíos de la vida»⁸.

Nuestra grandeza reside en esta disponibilidad original del corazón hacia la felicidad infinita, hacia la belleza infinita, disponibilidad que todos nosotros podemos destruir con el olvido, la desesperación, la distracción, el pasotismo.

Ser hombres, estar «locos» por vivir, deseosos de cada cosa y al mismo tiempo sin miedo, libres. ¡Esto me interesa! Me interesa no poner nunca en peligro el deseo del corazón, quiero vivir hasta el final esta nostalgia de alguien que pueda llevar a cumplimiento mi humanidad. No quiero censurar mi persona. No quiero renunciar. No me resigno, no renuncio al intento de ser feliz.

Amigos míos, ayudémonos en estos días a descubrir esta ternura por nosotros mismos, porque nuestra compañía existe para luchar contra este pesimismo. Nuestra compañía es una compañía de lucha por lo humano, por lo que es más intensamente humano. Si favorecemos esto, la vida crecerá, se volverá algo grande, seremos capaces de cosas grandes. Decía Catalina de Siena: «No os conforméis con las pequeñas cosas. A Dios le gustan grandes»⁹. Cantamos *La guerra*.

La guerra

VEO AVANZAR EL DESIERTO Y...

Escribe uno de vosotros: «Este año el mundo se me ha caído encima. Me han cambiado todos los profesores de las materias de modalidad, los de antes eran estupendos, los de ahora pésimos. [...] Siento que mi deseo de aprender ha sido ahogado por estas personas, me siento perdida. Ya no tengo ganas de ponerme ante los libros, ni de ir al colegio. [...] A mi alrededor solo veo desierto, y ninguna forma concreta de salir adelante».

Entonces, ¿cuál es la respuesta a esta exigencia? Si mi poder no puede responder, y me lleva en última instancia a renunciar al intento de encontrar la felicidad, ¿qué puedo hacer? ¿Qué hacer con este desierto? ¿Cuál es la alternativa?

Escribe don Giussani: «“Veo avanzar el desierto, pero el que se da cuenta del desierto no pertenece al desierto”: todo acaba en el límite y en el dolor», pero tú y yo, que nos damos cuenta del límite y del dolor, no pertenecemos al límite y al dolor. «Esta es la naturaleza de la razón, esta es la naturaleza del corazón del hombre [...]. El hecho de que alguien, afrontando cualquier cosa, se dé cuenta del límite que encierra y se vea herido por él [...]; el hecho de que [...] alguien se dé cuenta del límite y de la desilusión [...], y de que esto no le detenga, sino que le provoque [...] documenta que él no pertenece al límite y al dolor, y por eso se ve como alentado, empujado, arrastrado a tratar de aferrar otra cosa»¹⁰. La experiencia del límite, la experiencia de la desproporción entre lo que yo puedo alcanzar y lo que deseo documenta que yo no pertenezco a este mundo, manifiesta la necesidad de Otro, al cual yo pertenezco. Yo no pertenezco al límite y al dolor. Mi límite es de por sí afirmación implícita de Otro. Tu experiencia indica el camino: lo que deseas es otra cosa, algo distinto del desierto que puedes generar. Tú perteneces a otra cosa, eres otra cosa. Ves avanzar el desierto, la muerte, pero la mirada que se da cuenta del desierto no pertenece al desierto.

La búsqueda de cada hombre consiste en encontrar a alguien que despierte su “yo”, que le permita ser de verdad él mismo, ser verdaderamente feliz. Tú y yo no podemos vivir, no podemos conocer, si no es en compañía de otro, alguien extraño a mí y sin embargo profundamente correspondiente. Esto es dramático. El encuentro es dramático, encierra una dramaticidad tal que hace necesaria la capacidad de asombro para aceptar que algo extraño a mí, que no soy yo, pero que siento como mío, sea el factor de mi liberación. Es paradójico que otro distinto de ti, extraño – no tú –, corresponda a tu corazón, despierte una fascinación por la correspondencia que te hace percibir. Esta es la paradoja: para afirmarme a mí mismo debo ser Tú, Otro distinto de mí. El corazón del

hombre es relación con el infinito, es exigencia de infinito, exigencia de Otro que te dice: «Soy como tú: yo soy tu corazón; soy distinto de ti, porque pienso de forma distinta, pero soy el cumplimiento de tu persona». Es este Otro al que debes comprender, abrazar, al que debes hacer tuyo.

El corazón apunta a algo, desea algo no imaginado, absolutamente imprevisto y fascinante, algo que corresponda a su propia naturaleza original. Pero al mismo tiempo percibo, a veces con miedo, una extrañeza que en ocasiones me parece imposible de vencer. ¿Cómo es posible? ¿Cómo es posible que yo, para ser yo mismo, tenga que ser tú? ¿Cómo es posible que yo me sienta fascinado, correspondido por algo que «no soy yo» y que no puedo imaginar? De aquí surge a la fuerza una lucha, presente en todos los pliegues de la realidad: la dramaticidad de estar destinado a ser cumplido por otro que no soy yo.

Esta lucha entre: «Soy yo, hago yo, lo hago por mí mismo», y: «Soy tú», indica el camino de la inteligencia y del corazón de los cristianos. Amigos míos, la mirada que se da cuenta del desierto no pertenece al desierto: es Otro, eres Otro, estás destinado a Otro, mi vida es un “Tú”, yo no soy desierto, soy Tú. Aceptar esta fascinante extrañeza, que entra en contradicción de forma paradójica con mi imaginación y con mi capacidad, es el camino hacia el cumplimiento de mi persona, porque sin Él, en ausencia de Él, yo no vivo, no tengo rostro, la vida – como se ha demostrado esta noche – es aburrimiento. Por el contrario, vivir con Él, pertenecer a Él, que está presente, decir: «Tú», llena la vida de alegría.

Esta misteriosa presencia, este “Tú” es el que asegura la consistencia de mi persona, de mi rostro. Esta presencia del “Tú” es la presencia que debe ser reconocida, pues en caso contrario el “yo” se disuelve en la vaguedad confusa de lo cotidiano. Este es el drama de la vida: la lucha entre la afirmación de mí mismo como criterio de la dinámica de la vida y el reconocimiento de esta Presencia misteriosa como factor dominante y constitutivo de mi rostro. Ya no soy yo, eres Tú quien vive en mí. Ya no soy yo con mi imaginación, con mis proyectos, con mis manos, con mi poder, con mi afán, sino Tú. Esto es la liberación. Cantamos *Il mio volto*.

Il mio volto

LA DECISIÓN

Esta es la decisión, todo se apoya en esta decisión: seguirnos a nosotros mismos y, como consecuencia última, renunciar al intento de ser felices, o, mirando la experiencia, verificar que yo, justamente porque me doy cuenta del desierto, me doy cuenta también de que pertenezco a Otro, y entonces mendigar. Tú puedes seguir tus análisis, tus sueños, o puedes mendigar. Esta es la decisión que se te vuelve a proponer cada día, cada mañana, cuando te levantas. Porque o te levantas con la mirada abierta de par en par, lleno de ingenuidad, consciente de que la consistencia de tu persona está en pertenecer a Otro, o bien te levantas con el brazo delante de la cara, para defenderte de la realidad, asustado.

Aquí se realiza la libertad del hombre como decisión, como elección: reconocer el ser o afirmarse a uno mismo; reconocer que he sido creado por Otro, elegido por Otro

amado por Otro, que estoy necesitado de Otro, que estoy en relación con Otro, o afirmarme a mí mismo. Decidir ser “vergonzosamente” felices significa reconocer que pertenecemos a Otro profundamente correspondiente y a la vez extraño; significa decir que sí, porque quien no acepta depender, renunciará en última instancia, se perderá, porque lo que cumple tu “yo” no lo puedes imaginar tú, no puedes hacer que suceda, no es de este mundo, porque, en última instancia, tú tampoco eres de este mundo. La verdad y la belleza no están hechas a medida del hombre, sino a medida del Misterio.

Hemos empezado diciendo que la estructura original del corazón es espera, es petición de Otro, exigencia activa, y por ello realidad de relación con el infinito, con Otro. El hombre es necesidad de Otro, es relación con un “Tú” que no puede imaginarse. Decía Lagerkvist: «¿Quién eres tú que llenas mi corazón de tu ausencia, / que llenas toda la tierra de tu ausencia?»¹¹. Cantamos ahora *Hoy cantaré*, que dice: «El drama de la existencia busca encontrar su verdad, quiere ocultar su presencia, su encarnación olvidar. [...] Mi vida es su pertenencia, nada me lo impedirá»¹².

Hoy cantaré

MARÍA

Todos los hombres, sin excepción, sienten esta – llamémosla así – contradicción, esta desproporción: yo soy deseo de Otro, y este Otro desconocido es el cumplimiento de mi persona. También María, la madre de Dios, experimentó esto, sintió una extrañeza en la propuesta del Misterio, sintió la imposibilidad de reducir a una medida humana el modo con el que el Misterio le proponía cumplir la promesa que había hecho a Su pueblo. Pero ella dijo: «Sí», y lo dijo de forma razonable, porque afirmó que la medida de la belleza de la vida no era la suya, no era su capacidad de aferrar lo que el Misterio decía. En el misterio de aquel momento en que el Ángel fue a María y le dijo: «El cumplimiento de la promesa que esperabas sucederá en ti de un modo que no te imaginas, de un modo que no consigues aferrar con tu inteligencia», ella preguntó inmediatamente: «¿Cómo será posible?», para afirmar enseguida: «Hágase en mí según tu palabra»¹³. Es razonable seguir a Otro, afirmar a este Otro que corresponde más que afirmarse uno mismo. María dijo: «Hágase en mí según tu palabra». Dijo que sí. Y este «sí», la energía de este «sí» es la fuerza de la libertad que se adhiere, que dice: «Sí, Te reconozco, Te afirmo».

Todos nosotros somos llamados a adherirnos a la figura de la Virgen María, porque la verdad de mí mismo es que no me he hecho por mí mismo, que he sido creado, que soy de Otro. Y por eso pedir, mendigar, es la verdadera estatura del hombre: ser mendigos del amor, de la belleza. Nuestra existencia consiste en mendigar. El hombre es petición, espera, en cuanto que es consciente de su propio límite y decide no estar definido por él, sino que decide mendigar a Otro. Pidamos a la Virgen que nos conceda un corazón sencillo, alegre, capaz de adherirnos a su Hijo. Pidamos a la Virgen que nos proteja, que nos despierte, que nos sostenga, que nos aliente, de modo que podamos afirmar con libertad el deseo del corazón: yo no renuncio, quiero grandes cosas, quiero ser “vergonzosamente” feliz. Terminamos cantando *Romaria*.

Romaria

LECCIÓN

JOSÉ MEDINA

Viernes 18 abril, por la mañana

Al mattino

Il giovane rico

Canzone dell'ideale

Comenzamos ayer por la noche hablando – a partir de la provocación de la Jornada de apertura de curso – de nuestro deseo de ser “vergonzosamente” felices. Pero si en el intento de ser “vergonzosamente” felices reducimos la razón a lo que puedo hacer yo, a mi medida, lo único que queda es el desierto, el aburrimiento, la fatiga, y con todo ello renunciamos a nuestro intento de ser felices. La alternativa a esta abdicación existencial parte justamente de nuestra experiencia. Ante la magnitud del desierto, yo digo: “No, yo no soy el desierto. Yo no soy el límite, el dolor, la fatiga, yo no estoy destinado a morir y nada más. Yo pertenezco a otra cosa”.

El corazón del hombre es relación con el infinito, es exigencia de Otro, pero al mismo tiempo es incapaz de generar a ese otro por sí mismo. Es paradójico que otro distinto de ti – no tú –, corresponda a tu corazón, despierte una fascinación por la correspondencia que te hace percibir. Que para ser yo mismo debo afirmarte a Ti, a Otro distinto de mí. El corazón desea algo no imaginado, absolutamente imprevisto y fascinante, algo que corresponda a su propia naturaleza original. Pero al mismo tiempo percibo, a veces con miedo, una extrañeza que en ocasiones me parece imposible de vencer. ¿Cómo es posible? ¿Cómo es posible que yo, para ser yo mismo, tenga que ser tú? ¿Cómo es posible que yo me sienta fascinado, correspondido por algo que «no soy yo» y que no puedo imaginar? De aquí surge a la fuerza una lucha. Delante de una alteridad nos echamos fácilmente para atrás, a veces incluso pidiéndole a Dios que nos quite este drama que define de por sí en qué consiste ser hombres. Pero esto, queridos amigos, es pietismo modernista: pedir a Dios que me ayude a eliminarme a mí mismo.

Es necesario traspasar el umbral, no quedarnos bloqueados en la idea de que yo, con mi poder, con mi capacidad, y con un poco de ayuda divina en los momentos difíciles, me las puedo arreglar, puedo conseguirlo solo. Es necesario entrar en relación con este Tú para el que estoy hecho.

Ciertamente, es evidente que la vida pertenece a Otro, que tú no te haces por ti mismo, pero no es automático que esto llegue a convertirse en mi «pensamiento dominante» en la acción de todos los días. Tenemos buenas intenciones, pero el encuentro que hemos tenido, que nos ha traído aquí de un modo u otro, no se ha convertido todavía en el pensamiento dominante de mi ser y de mi acción. Entonces, esta es la pregunta más urgente: ¿cómo llega el encuentro que hemos tenido a convertirse en el pensamiento dominante de mi ser y de mi acción? Os la repito: ¿cómo es posible que el encuentro que he tenido se convierta en el pensamiento dominante de mi ser y de mi acción?

LA ALIANZA

Dios ha intervenido para mostrar que es capaz de hacer humana la vida del hombre. Consciente de que tú no puedes ser tú mismo con tus fuerzas, Dios se ha manifestado desde dentro de la realidad para restablecer Su relación contigo. Él ha desvelado al hombre el rostro de su destino desvelándose a Sí mismo a través de Su compañía. Así fue para Abrahán, para María, para Pedro, y sigue siendo así también para ti. Un acontecimiento entra en tu vida, Dios se implica poniéndose a tu lado, como factor dominante y determinante que da significado a tu existencia.

Abrahán escuchó la invitación de Dios que le decía: «Sal de ti mismo, de lo que te imaginas que será el cumplimiento de la vida, y entra, cruza el umbral, entra dentro de lo que yo te indico, sal de tus ideas, de tus imágenes de cumplimiento, de tus proyectos, y sígueme». A la invitación de Dios: «Sal de tu tierra, de tu familia y de la casa de tu padre hacia la tierra que yo te indicaré»¹⁴, a esta invitación Abrahán dijo que sí. Y dijo que sí porque reconocía en Dios como misterio una autoridad evidente, una correspondencia con su persona. Y esto marcaba el camino: Dios se presenta como el señor de su existencia. Aquí radica la razonabilidad. Es más razonable escuchar y seguir a Otro que seguir la propia idea, que fiarse de la propia capacidad. Abrahán llegó a esta convicción con el tiempo, a través de una familiaridad vivida con esa Presencia misteriosa que desde el inicio correspondía a su deseo de ser grande.

Abrahán comunicó también a Dios su deseo, tal como lo había percibido. Le dijo: «No me has dado hijos, y un criado de casa me heredará». Pero Dios respondió que no sería así: «No te heredará ese, sino que uno salido de tus entrañas será tu heredero»¹⁵. También a este anuncio dijo Abrahán que sí.

Pero este camino de familiaridad con el Misterio no es en absoluto automático, es dramático. Sara, la mujer de Abrahán, ante el anuncio de que ella, que era ya una anciana, concebiría, dijo: «Pero, ¿cómo será posible?», y se rio, escéptica, de que Dios pudiese hacer verdaderamente lo que había prometido¹⁶. Abrahán, en cambio, ante la alteridad, ante Dios, que le dice: «Yo cumplo mi promesa, pero de una manera que no es como tú te imaginas»¹⁷, decide afirmarle a Él, elige afirmar el proyecto de Otro, obedecer a la correspondencia que ha experimentado en su corazón.

Es verdad que uno puede decir: «Es fácil obedecer a Otro cuando mi idea de cumplimiento coincide con la voluntad de Dios. Pero es mucho más difícil cuando el cumplimiento que me he imaginado no coincide con Su voluntad». Esto también le sucedió a Abrahán, cuando Dios le pidió que le ofreciera el hijo que le había concedido: «Toma a tu hijo único [el que le había pedido a Dios] [...], vete a la tierra de Moria y ofrécemelo allí en holocausto en uno de los montes que yo te indicaré»¹⁸. Cuando el cumplimiento no coincide con mi idea, con mi imagen, entonces cuesta trabajo. Aquí es donde se abre la lucha, donde se abre la pregunta de Dios: «Pero tú, ¿te fías de mí?», y la del hombre: «Pero tú, ¿me amas y me proteges?». Abrahán estaba tan seguro, la conciencia que tenía de sí mismo estaba tan dominada por la relación con el Señor que dijo que sí.

En un momento dado de la historia de Israel, volvió a surgir la misma pregunta con Moisés. Dios liberó al pueblo, lo protegió, pero para los israelitas todo esto sucedía de un modo que no es el que se habían imaginado, y entonces se impacientaron y se

olvidaron de Dios. En los momentos de dificultad, en los momentos en los que mi imagen no coincide con lo que Dios ha preparado para mi bien, emerge el drama, y nace el “sin embargo”, el “pero”: «Pero, ¿cómo es posible?». «¿Por qué precisamente así?». «¿Estás seguro de que esto es para mi bien?».

En los momentos en los que las circunstancias parecen afirmar lo contrario del cumplimiento que nosotros hemos imaginado, cuando ellas se presentan como sacrificio porque no son como las hemos imaginado, ¿qué es lo que afirmamos? ¿A nosotros mismos o a Otro? Este es el drama que se presenta ante tus ojos cada día. Cada instante tienes ante ti dos caminos: o afirmas tu proyecto, tu idea, tu imagen, o bien afirmas el designio de Otro. Se trata de una elección radical. Es la elección, amigos míos, entre la vida y la muerte. Afirmar que nada tiene sentido en última instancia, que todo da igual porque todo está destinado a morir, o afirmar a Otro, es decir, pedir. Cantamos juntos *Ma non avere paura*

Ma non avere paura

DIOS SALE AL ENCUENTRO DEL HOMBRE

En su gran ternura, Dios ha querido hacer más fácil tu camino. Ha querido eliminar la distancia entre el hombre y el Misterio. Y esto es un hecho que ha sucedido. Dios ha entrado en la vida según una forma humana, de modo que tú puedas aferrarle con tu pensamiento y tu afecto.

Juan y Andrés, los dos que siguieron a Jesús a orillas del Jordán, fueron, después de María, los primeros protagonistas de esta reconquista de lo humano: ellos fueron los primeros en encontrarse con una presencia excepcional, que ellos no habían imaginado. Al vivir con Jesús, experimentaron una correspondencia que nunca antes habían experimentado, ni siquiera ante las cosas más bellas.

Pero, al igual que había sucedido con Abrahán y con María, también a ellos se les presentó Jesús en un momento dado en Su alteridad última. No había nadie como Él. No se podía explicar Su persona de ninguna manera. Un día les dice: «Si no coméis mi carne y no bebéis mi sangre, no tenéis vida en vosotros. [...] El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él»¹⁹.

Este es el drama, la lucha. Amigos, esto es la Comunión, la Eucaristía. Ante estas palabras, dentro de la experiencia de correspondencia que los discípulos habían vivido con Él, surge la pregunta: «Pero, ¿cómo es posible esto? No puedo imaginar lo que estás diciendo». Jesús se da cuenta y dice: «¿Esto os escandaliza? [...] ¿También vosotros queréis marcharos?». Aquel día en la sinagoga todos experimentaron el mismo desgarró. Algunos se pusieron a gritar. Otros querían matarle. Muchos se marcharon. Pero Pedro, ante esa pregunta desconcertante, no se bloqueó, no se rindió. Un poco desconcertado, pero completamente seguro de la experiencia de correspondencia que había vivido con Él, dijo de golpe: «Maestro, tampoco nosotros entendemos nada, pero si nos vamos, ¿a dónde iremos? Solo Tú tienes palabras que dan sentido a la vida. Si no te creo a Ti, no puedo confiar ni siquiera en lo que ven mis ojos»²⁰.

La respuesta de Pedro no se produjo porque él comprendiera más que los demás, o fuera más voluntarioso o capaz que los demás. Su respuesta nacía de la experiencia de

correspondencia que había tenido al vivir con ese hombre. El punto de partida de Pedro es la experiencia de una correspondencia inimaginable, más allá de su medida. Su respuesta nacía de la convicción que había nacido en la relación con Jesús.

Pedro, profundamente razonable, eligió no estar definido por su propio límite, por las cosas que podía comprender o no, por su propio miedo. Pedro no partió de una imagen suya, de sus prejuicios, sino de la experiencia de correspondencia que había tenido al vivir con ese hombre que, cuando hablaba, cambiaba la vida, hacía saltar el corazón. Pedro lo percibía como verdadero porque el corazón saltaba dentro de él, vibraba en su interior. Quizá no era capaz de comprender mucho, pero reconocía que era verdad.

Pedro se vio arrastrado por Jesús, por aquel hombre que había desvelado su ser con la mirada. Aquella mirada que abrazaba su historia sin ignorar nada le había convencido. Se había sentido aferrado por Él, hasta tal punto que era natural, casi natural, afirmar a Cristo antes que afirmar su propio miedo. Era razonable afirmar esa intuición de verdad que él había visto.

Para muchos, Jesús era una persona interesante (incluso hacía milagros), pero para Pedro se había convertido en el factor que dominaba la vida. Ante aquella pregunta desconcertante, él decidió adherirse a la intuición de la verdad que se había desvelado en la relación con Él antes que a su propia idea de las cosas. Como Abrahán y María, también Pedro reconoció aquella Presencia, profundamente misteriosa y al mismo tiempo familiar.

El joven rico del que habla el Evangelio también sintió ese desgarró. Aquel joven se había encontrado con Jesús y estaba fascinado por Él, hasta el punto de correr hasta Él y preguntarle: «¿Qué tengo que hacer para tener la vida de la que hablas?». Jesús le respondió: «Vende todo lo que tienes y vente conmigo»²¹, con una invitación completamente distinta a lo que el joven se había imaginado. Y decidió afirmarse a sí mismo, afirmar lo que poseía, en lugar de afirmar la intuición que Jesús había suscitado en él. Al hacer esto renunció, porque decidió estar definido por su límite, y se quedó como estaba, asustado y esclavo de sus propias cosas. Tenía miedo de perder lo que poseía (esa vida burguesa de la que hablábamos ayer), negando la intuición que había tenido, y por ello no fue razonable, porque esa intuición de la verdad existía, no la podía negar.

Esta contradicción está presente en todos nosotros. Esta ambigüedad profunda que se ha infiltrado en las raíces de nuestro ser es el pecado original, ese punto dentro de nosotros que se resiste a adherirse a la intuición de que para ser yo mismo debo ser Tú, Otro, de que el cumplimiento de mi vida coincide con identificarme con Otro. Nos parece que perdemos algo, que morimos, nos parece que perdemos nuestra individualidad.

Pero es precisamente en esos momentos de sacrificio y de fatiga cuando nuestra autoconciencia se desvela. Las circunstancias adversas nos reclaman a «desvelar los pensamientos» de nuestro corazón. Justamente en esas circunstancias, el corazón debe obedecer al encuentro, debe adherirse a la intuición que ha tenido de la verdad. En esas circunstancias cotidianas el corazón debe obedecer al Misterio, como Abrahán obedeció a Dios. Somos llamados a obedecer en esas circunstancias – cuando tu madre está enferma, cuando el aburrimiento se presenta en clase, o cuando muere una amiga –.

¿Cómo se puede vivir sin la conciencia de este amor arrollador que me perdona y me abraza sin medida?

No tengáis miedo de vuestra «locura» – da igual el grado que alcance en cada uno – porque somos abrazados por Él, somos abrazados por Jesús, que se hizo hombre para mostrártelo, que murió en la cruz para mostrártelo. Murió para que yo, por fin, pudiese decir: «Yo soy yo porque Tú vives en mí». «Vivo, pero ya no soy yo, sino Tú quien vives en mí»²².

La aspereza del camino o la dificultad no son objeciones, sino una bendita oportunidad para afirmarle a Él, y por tanto para ser nosotros mismos de verdad, para afirmar la intuición de la verdad antes que nuestra idea. Esto solo es posible si Jesús está presente. Escuchamos *Ojos de cielo*.

Ojos de cielo

EL SEGUIMIENTO

Entonces, si no es suficiente encontrarse con Él (porque el joven rico se encontró con Él), y si nos preguntamos cómo podrá convertirse este encuentro en pensamiento dominante (como fue para Pedro, para Abrahán y para María: decir que sí), ¿qué consecuencia sacamos de esto? Que el encuentro es el comienzo de una relación que continúa como seguimiento. Pero Jesús introduce un seguimiento distinto del que proponen otros maestros de la ley o de la filosofía. El seguimiento que propone Jesús implica una compañía, implica participar con toda nuestra persona. En tiempos de Cristo no había ningún maestro que pusiera en el centro de la vida el seguimiento, participar de su vida. Muchos indicaban el camino hacia la verdad: «Tienes que hacer esto», «reza de este modo», «cuando te pase esto actúa así»... Pero Jesús proponía poner en el centro del propio ser Su misma vida, la participación en Su vida como factor esencial del camino.

Para nosotros, al igual que para los discípulos, seguir quiere decir identificarnos con Él, implicarnos en una experiencia viva a través de la cual «pasa» a mí Su dinamismo, Su gusto de vivir, casi por presión osmótica: es un corazón nuevo que se comunica a mi corazón, es el corazón de Otro que empieza a latir dentro del mío. El seguimiento necesita una comparación crítica entre mi corazón y la mirada de la persona que guía. Seguir no es hacer lo que el maestro dice, sino entrar dentro de la mirada de otro.

Por ello, el seguimiento implica un trabajo: la comparación crítica entre el corazón y la propuesta que se nos hace. Un trabajo que no es en absoluto automático, porque implica ser leales con las propias exigencias originales, con el propio deseo de felicidad. Implica una atención leal a la propuesta que se nos hace, sin reducirla por el ansia de encontrar nosotros una respuesta, porque con frecuencia reinventamos la propuesta que se nos hace según nuestra imaginación. Por ejemplo, si se nos dice: «Haced silencio», reaccionamos pensando: «Bueno, sí, ha dicho “Haced silencio”, pero no se trata de silencio silencio». Es decir, reinventamos la propuesta. Se nos invita a participar en un gesto con toda nuestra persona, y nosotros en cambio nos adherimos a lo que en apariencia nos gusta más. Y de este modo nos quedamos fuera, en el umbral, no

entramos en la relación con este “Tú”, nos quedamos en el nivel de los: «pero, ¿cómo es posible?».

Os leo la carta de un amigo que ejemplifica muy bien la experiencia del seguimiento: «Estoy enamorado de una chica que no vive en Italia. He entrado en crisis, porque yo siempre he considerado que querer a alguien coincidía con la relación física; el problema es que no la veo desde este verano. Lo que más me cuesta es que he descubierto que me he vuelto esclavo del móvil, porque es el único instrumento que tengo para escucharla y como ya no soy capaz de vivir solo para el móvil [porque se levanta por la mañana y va a ver si ella le ha escrito], he planteado mi problema en la Escuela de comunidad». Es sencillo: tiene el deseo de amar y le parece que la distancia es el enemigo, no es capaz de vivir. Entonces pide ayuda a los amigos, no se rinde ante la exigencia que tiene de ser “vergonzosamente” feliz. Continúa: «Lo que más me ha impresionado de la Escuela de comunidad ha sido la intervención de un chico [...]. Mi primera reacción ante su testimonio fue: o es un hipócrita [lo que dice no es posible] o yo también puedo querer haciendo lo que tengo que hacer, viviendo mi vida [y él arriesga por esta segunda posibilidad]. [...] Algunos días después [...] me sucedió una gracia que no sé cómo explicar. [...] Estaba comiendo con unos amigos y me conmoví, porque me di cuenta de que con esos cuatro amigos estaba sucediendo algo enorme que me hacía querer a mi novia aunque ella no estuviera o no me hubiera escrito. [...] Estaba sucediendo alguien, Uno que me hacía querer de verdad mi vida, [...] percibía un bien para mí, [...] la quería a ella y era como si estuviera allí con nosotros. No puedo olvidar este hecho; no es que estuviera borracho o me lo imaginara yo, sino que sucedió. Necesito volver a amar a este Alguien, volver a decir “sí” [...]. Por eso tengo un gran deseo de ir al Triduo, porque quiero pasar tres días con Jesús».

Esta es la cuestión: cuando sigo, que significa decir que sí, encuentro un cumplimiento que no me podía imaginar. Ese chico no pensaba que fuese posible amar a su novia sin estar junto a ella, y sin embargo la distancia ha dejado de ser un obstáculo: se ha convertido en la oportunidad para volver a encontrar un bien. Entonces, seguir es decir que sí, es adherirse al Misterio a través del instante; es decir, seguir un orden que existe con anterioridad y que no es tuyo. Identificarse con alguien que hace brotar en nosotros la exigencia del corazón, que hace que la vida sea «movimiento». Seguir, obedecer, decir que sí. Seguir en las circunstancias, también en las que se presentan como sacrificio.

Amigos, después del encuentro también se puede experimentar la dificultad. Abrahán se lamentó, Moisés tembló. A nadie se le ahorra el drama de ser hombre. Pero siempre existe la posibilidad de una elección: la soledad y la renuncia o la adhesión al ser. Con mucha frecuencia nosotros, ante la primera dificultad, planteamos una objeción: «No es posible». Incluso llegamos a rezar diciendo: «Señor, no quiero este drama», nos echamos para atrás y poco a poco nos deslizamos hacia el escepticismo. Por el contrario, lo que nunca debe desaparecer en nosotros es la adhesión leal a la correspondencia que hemos percibido: cuando la emoción ya no acompaña, cuando ya no se siente quizá la carga inicial del encuentro, lo que debe permanecer en nosotros es la adhesión leal a Cristo, la afirmación de lo que Él ha hecho, de lo que Él te ha dado.

Esta afirmación es lo más razonable que hay: reconocer al Ser en vez de afirmar mi nada.

La autoconciencia, esto es, que el encuentro llegue a ser el pensamiento dominante de la vida, se produce dentro del seguimiento. Cantamos *Lasciati fare*.

Lasciati fare

EL FRUTO DEL SEGUIMIENTO

Este encuentro llega a ser el pensamiento dominante de mi ser y de mi actuar – lo vemos en la vida de los apóstoles, en la vida de Pedro – cuando uno vive con Cristo (comuni3n), cuando uno dice que s3 no a la idea, a la reinven3n de lo que ha sucedido, sino a la intuici3n de la verdad, a la correspondencia que ha experimentado.

¿Es justo preguntarse, entonces, cu3l es la consecuencia existencial del seguimiento, es decir, qu3 es lo que sucede en m3? Cuando sigues, cuando vives con Cristo, te descubres a ti mismo al reconocerle y al pertenecerle a , al decirle que s3. El sentimiento del “yo” que surge de la pertenencia es como el de un parto, es una realidad nueva que no te pod3as imaginar. Escuchad esta carta: «Mi experiencia en GS comenz3 hace aproximadamente un año, y podr3a decir que me encontraba como Dante al principio de la *Divina Comedia* [¡estupendo!], en una especie de selva oscura. Era un momento un poco oscuro de mi vida, y hasta aquel momento hab3a seguido seguramente un camino que no era el adecuado, aunque en apariencia parec3a el mejor y m3s c3modo [¡el aburguesamiento, amigos! El m3s c3modo, el que parece mejor, en apariencia]. El camino que he hecho con GS ha sido justamente lo que fue para Dante el viaje m3s all3 de la muerte, me ha hecho abrir los ojos, y he aprendido a ver la vida y las relaciones humanas de forma distinta, y me ha permitido descubrirme a m3 mismo, mi verdadero “yo”, porque hasta aquel momento yo hab3a sido una persona fingida, a la que no conoc3a [¡es estupenda esta carta!]. Todo empez3 con un encuentro, como cuando Dante se encuentra con Beatrice. [...] Fue lo mismo para m3, el encuentro con mi “Beatrice” me permiti3 empezar una vida nueva. [...] Me acerqu3 a ella [...] porque hab3a visto en su interior algo especial, algo que brillaba, como una estrella. Entonces empec3 a seguir [esto lo escribe uno de vosotros]. En otras palabras, empec3 a entrar en la vida de esta nueva amiga, a estrechar la relaci3n de amistad con ella. Me fascin3 por su modo de pensar, por la forma que tiene de afrontar las cosas, por c3mo se pone en juego, y, sobre todo, por su modo de relacionarse con los dem3s. En resumen, me enamor3 de su modo de vivir. Este impacto con ella suscit3 en m3 muchas cosas. Me permiti3 descubrir una parte de mi persona que hab3a olvidado. Con ella pod3a ser yo mismo [...]. Finalmente, gracias a mi “Beatrice”, me hab3a encontrado a M3 mismo».

Cuando se cruza el umbral y se entra en relaci3n con Cristo, con el otro, se produce un cambio, una transfiguraci3n de nuestro rostro. Ya no es mi mirada, sino la de otro, la de Cristo. Cuando se dice que s3, cambia radicalmente la forma de relacionarnos con los dem3s, la forma de estar en clase, de saludar a tus padres, cambia el modo de vivir la muerte de una amiga muy querida. Todo cambia radicalmente. Nuestro amigo contin3a: «Al principio no entend3a muy bien en qu3 consist3a esta compaa. [...] Sin embargo, yo hab3a comprendido una cosa. [...] Enseguida me hab3a sentido feliz, hab3a visto en

su amistad y en el vínculo entre ellos algo especial que no había visto antes [una correspondencia]. [...] Con ellos conocí un nuevo tipo de amistad, verdadero y puro [...] [que] cambió notablemente mi forma de abordar la escuela. [...] Ha cambiado completamente en mí la forma de concebir la vida, es decir, me ha permitido comprender que ningún momento de nuestra vida es inútil».

Cuando uno se adhiere a la intuición de la verdad, el instante encuentra una potencia inesperada, porque cada instante, cada encuentro, se me da para mí bien, para mí. Esta es la promesa de Jesús a los apóstoles: «Quien me siga tendrá la vida eterna y el ciento por uno en la tierra»²³. Pero el ciento por uno no son las cosas cien veces más de como las sientes y las ves tú habitualmente. Es algo completamente distinto. Es una vida nueva. Es experimentar un bien incluso en las circunstancias difíciles que te duelen, en el mal, en la distancia. Es experimentar una vida que es más vida, más llena de deseo, más apasionante. Cuando el instante es vivido según su verdadera naturaleza, que es la forma con la que el Eterno te toma y te dice: «Ven», y tú dices: «¡Sí, aquí estoy!», entonces la vida se convierte en algo grandísimo. Os leo otra carta: «En octubre le diagnosticaron a mi madre una enfermedad. Los primeros días, cuando iba al hospital, estaba muy apesadumbrada. En un momento dado me dije: aquí solo hay dos posibilidades: o empiezo a vivir este sufrimiento como si nada tuviera sentido (que es lo que me salió al principio) o bien empiezo a pedir, a preguntar por qué ha sucedido esto, cómo puedo afrontarlo, cómo puedo estar en pie ante él». He aquí, de nuevo, la cuestión decisiva: puedo afirmar mi idea, condenándome a decir que nada tiene sentido, que todo es muerte, que nada tiene valor, o puedo afirmar a Otro y pedir, seguir, decir que sí. Continúa la carta: «Empecé a ir a misa todas las mañanas antes de la escuela y pedí poder mirar ese momento no como un obstáculo. Me di cuenta en ese periodo de que lo que antes me parecía que no tenía sentido [la enfermedad de mi madre] y que veía solo como una dificultad enorme, me está haciendo crecer. [¿Cómo es posible?] [...] He empezado a querer estar más en casa, cosa que el año pasado trataba de evitar lo más posible, y poco a poco empiezo a afrontar el estudio no como algo impuesto, sino como una oportunidad [...]. Ahora me veo ante las circunstancias de un modo que nunca había experimentado antes, y sobre todo, contenta [“sobre todo contenta”. Uno que escuchara esto, diría: “¡Estás loca!”], porque es imposible lo que dices]. Todas las mañanas pido que continúe la belleza que he visto estos meses».

El valor del instante no está en el reflejo sentimental o emotivo que genera, sino en el hecho de que tú, al decir que sí, tiendes a adherirte al designio grande de Otro, tiendes al destino. El concepto de inutilidad queda abolido para el que decide adherirse. Nada es inútil. Lo útil, lo bello, no está determinado por ti, por tu límite, por cómo lo sientes, por tu emotividad. Seguir a Cristo en Su compañía produce un cambio, una capacidad de relación que es cien veces mayor que antes. Esta es la victoria de Cristo: el redescubrimiento de lo humano. Ya no hay que tirar a la basura ningún momento de la vida.

En cuanto entras, en cuanto cruzas el umbral y abrazas esta extrañeza al decidir seguir, la consecuencia inexorable e inmediata es un amor inesperado al instante en el que uno está metido, tenga la forma que tenga: amor al hombre con el que te encuentras, amor a la tarea, amor a la enfermedad, a la fatiga, al sacrificio, a la alegría, al amigo.

Adherirse a la voluntad de Dios, decir que sí, trae paz y alegría y te da la energía para vivir y para actuar. La compañía de Cristo transforma: cambia la forma de ver las cosas, cambia la inteligencia, la forma del afecto, del trabajo, genera una vida nueva.

La fe cristiana se vuelve madura, llena de una convicción como la que tenía Pedro, en la medida en que puedes decir que has experimentado el cumplimiento de esta promesa, el cambio de la vida, la vida nueva que trae la adhesión a Cristo. Cantamos *A new creation*.

A new creation

DE LA MUERTE, LA VIDA: LA VIRGINIDAD

Quisiera leer con vosotros algunos pasajes de un libro precioso que os recomiendo que leáis si queréis comprender, o mejor, si queréis identificaros con lo que hemos dicho hoy. Si titula *La anunciación a María*, y es una obra de teatro de Paul Claudel en la que encontramos, casi a modo de resumen, los contenidos de hoy. Para situaros mejor, os cuento un poco la historia.

La protagonista se llama Violaine, es una mujer sencillísima, cuya riqueza es responder con el corazón, a cada instante, a la pregunta que el misterio de Dios le hace a través de la vida. Jacques es su prometido: es perfecto, trabajador, fiel, preciso. Un hombre, sin embargo, para el que la medida de la vida es el deber tal como él lo siente. No deshecha la vida: todo debe ser calculado, preciso y justo, pero según su medida.

Al comienzo, Violaine tiene la suerte de que todo lo que Dios le pide corresponde a lo que ella desea. Es feliz. Se casará con el hombre que quiere su padre, Jacques, al que ella ama. Pero para Violaine, esta correspondencia sencilla entre su ternura, su deseo humano y la voluntad de Dios se quiebra, se rompe con un beso. Con el mismo amor con el que ella obedece a lo que le da el Misterio todos los días, se lanza a compartir con Pierre de Craon (un constructor de catedrales leproso, que había tratado de violarla) el amor recibido con un gesto de caridad muy sencillo: un beso. Un beso por compasión, movido por el deseo de compartir el dolor de ese hombre. Y comparte también con él su anillo de prometida, lo único que poseía.

Mara, hermana de Violaine, ve esta escena y, celosa de su hermana porque también ella está enamorada de Jacques, corre a su prometido para acusar a su hermana de traición. Jacques no la cree porque ama a Violaine. Pensad: Violaine ama a Jacques, y este amor correspondido es querido también por Dios y por su padre. Todo es perfecto. Pero ese beso de caridad que da al constructor de catedrales, leproso, tiene consecuencias inesperadas. De hecho, Violaine tiene que confesar a su prometido algo terrible: esa mañana ha visto sobre su propio pecho el primer brote de lepra. Ella es ahora leprosa. Violaine es consciente de que la noticia pondrá a prueba a su prometido, siente el desgarró, el drama. No es que Violaine piense que Jacques no la ama, pero la respuesta ante el signo de la lepra será la prueba de si él la ama totalmente. Violaine debe decírselo. Escuchemos el diálogo entre los dos:

«*Jacques*. ¿Es cierto pues? ¿Este es el día de nuestros esponsales?

Violaine. ¡Jacques, aún hay tiempo, todavía no estamos casados! Si solo quisisteis complacer a mi padre, aún os podéis retractar; se trata de nosotros. Decid una sola palabra; no os la reprocharé, Jacques. Porque no existen aún promesas entre los dos y no sé todavía si os plazco.

J. ¡Qué bella sois, Violaine! ¡Y qué hermoso este mundo donde vos estáis, esta parte que me había sido reservada!

[...]

V. Jacques, después de todo, no hago nada malo amándoos. Es la voluntad de Dios y de mi padre. ¡Sois vos quien me tomáis a vuestro cargo! ¿Y quién sabe si sabréis defenderme y cuidarme bien? Basta que me entregue completamente a vos. Y el resto es asunto vuestro, y no mío.

J. ¿Y es así como os habéis entregado, mi florecilla?

V. Sí, Jacques.

J. ¿Quién será, pues, capaz de arrancaros de mis brazos?

[...]

V. Quien ha tomado una esposa, no son ya mas que un alma en una sola carne y nada los separará ya.

J. Sí, Violaine.

V. ¡Lo queréis! No conviene ya, pues, que reserve nada y que guarde más para mí este grande, este inefable secreto.

J. ¿Este secreto otra vez, Violaine?

V. Tan grande, Jacques, en verdad, que vuestro corazón quedará saciado, y vos no me pediréis ya nada, y jamás podrán separarnos el uno del otro. ¡Una comunicación tan profunda que ni la vida, Jacques, ni el infierno, ni el mismo cielo la podrán hacer cesar, como tampoco el momento en que os lo revele bajo el fuego de este terrible sol aquí presente, que nos impide casi el vernos la cara!

J. ¡Habla, pues!

V. Pero decidme primeramente, una vez más, que me amáis.

J. ¡Os amo!

V. Y que soy vuestra dama y vuestro único amor.

J. Mi dama, mi único amor.

V. Dime, Jacques: ni mi rostro ni mi alma te han bastado, ¿y no es eso suficiente? Y, además, ¿no te han cautivado mis profundas palabras? ¡Conoce el fuego que me devora! ¡Conoce, pues, esta carne que tanto has amado! Venid cerca de mí. ¡Más cerca! ¡Más cerca aún! Junto a mi costado. Sentaos en el banco. Y dadme vuestro cuchillo.

J. ¿Violaine, no me he engañado? ¿Qué flor de plata es esa que blasona vuestra carne?

V. No os habéis engañado.

J. ¿Es el mal? ¿Es el mal, Violaine?

V. Sí, Jacques.

J. ¡La lepra!»²⁴.

Violaine pide ser abrazada aunque sea leprosa, porque, si uno ama, abraza al otro aunque sea leproso. La joven ve en la lepra un bien, la posibilidad de un cumplimiento,

no una condena, sino una promesa, «tan grande, Jacques, en verdad, que vuestro corazón quedará saciado, y vos no me pediréis ya nada, y jamás podrán separarnos el uno del otro. ¡Una comunicación tan profunda que ni la vida, Jacques, ni el infierno, ni el mismo cielo la podrán hacer cesar, como tampoco el momento en que os lo revele bajo el fuego de este terrible sol aquí presente. [...] Tan grande es lo que estoy a punto de deciros que vuestro corazón quedará saciado».

Para Jacques, en cambio, ese signo indica una ruptura, y él querría que no existiese. Por eso responde a Violaine: «¡Ah, esto es demasiado cruel! [...] ¡Habla, te lo suplico! ¡Dime que todo esto no es cierto!»²⁵. Consciente de que la ama, de que su amor no ha desaparecido, Jacques se ve a sí mismo diciendo: pero, ¿cómo es posible? No quiere lo que está sucediendo, porque no es el cumplimiento tal como lo había imaginado él. Y entonces echa a Violaine fuera de la ciudad para que viva sola, marginada. Jacques vive según su medida, su medida de lo que es la justicia. Ha hecho lo que era justo porque entonces la lepra era considerada como el castigo por el pecado, y por tanto, a los ojos de Jacques ese signo era la prueba evidente de la denuncia que había hecho su hermana. La justicia del hombre no puede aceptar un amor infinito que no coincide con su propia medida. Expulsada del pueblo, Violaine vive sola, lejos de allí. Le llevan comida todos los días, y la lepra la deja ciega.

Mientras, Mara, la hermana celosa de Violaine, se casa con Jacques. Los dos tienen una hija, que muere repentinamente mientras Jacques está de viaje. Mara piensa que ha sido su hermana la que ha matado a su hija para vengarse. Por eso, al amanecer lleva el cadáver de su hija a su hermana y se lo arroja. Violaine toma entre sus brazos el cuerpo de la pequeña, una gota de leche sale de su pecho leproso, toca la boca de la niña y esta revive. Es un milagro. Loca de alegría, Mara lleva a casa a su niña. Llega Jacques, que no sabía nada de todo lo que había pasado, y no consigue apartar su vista de los ojos de la niña, que después del milagro tienen el color de los ojos de Violaine. Mara, al ver a su marido mirando los ojos de la niña, llega al culmen del odio, y entonces vuelve a donde está su hermana y le tira encima un carro de arena.

¿Entendéis, amigos? Tú sigues tu justicia, sigues tu idea y eso te lleva al odio, al odio hacia los demás y hacia ti mismo. Por el contrario, Violaine no vive según una medida humana, para ella la tarea de la vida no es vivir según su propia idea. Pero esto no es inmediato. Que el cumplimiento del amor sea no poder abrazar físicamente, hasta el punto de ser expulsado por aquel que te ama, ¡no es inmediato! Sin embargo, reconoce a Cristo a través de este dolor punzante, a través de la normalidad de la obediencia cotidiana, y esto trae vida, trae un bien. Y entonces se produce el milagro. El milagro del cambio que tú, también tú, puedes experimentar. Cuando te adhieres a la voluntad de Dios renace la vida. De mi carne putrefacta y mortecina brota la resurrección, no como yo había imaginado, sino cien veces más. Es algo completamente distinto, tal vez no en consonancia con mis sentimientos, pero es vida, amor verdadero, porque este es el amor que deseo: ser amado por otro aunque sea leproso, ser abrazado en mi dolor, en mi límite. La alternativa es la mezquindad justa de Jacques y de Mara, la mezquindad de la propia medida que acepta solo lo que es posible para el hombre, y que no lleva en última instancia sino a la violencia y a la destrucción, a la desolación, que no lleva mas que a renunciar al intento de ser feliz.

El padre de Violaine, que vuelve al final de la obra teatral, describe precisamente este ciento por uno cuando dice, delante de su hija muerta: «¿Es acaso el vivir el objetivo de la vida? [...] ¡No vivir, sino morir, y no fabricar la cruz, sino subir a ella, y dar lo que tenemos sonriendo! ¡Esa es la alegría, esa es la libertad, esa es la gracia, esa es la juventud eterna! [...] ¿Qué vale el mundo comparado con la vida? ¿Y de qué sirve la vida, si no es para darla? ¿Y por qué atormentarse, cuando es tan simple obedecer?»²⁶.

La mirada de Violaine, el amor que brota de ella no es el resultado de un moralismo o de un voluntarismo, sino de una vida nueva, de un modo nuevo de afrontar la vida que brota de la identificación con Cristo. Esta mirada nueva sobre la vida se llama «virginidad». Esta mirada nueva indica la modalidad de posesión propia de Cristo, que murió en cruz por amor a ti, para que tú puedas ser tú mismo. Esta mirada nueva indica la modalidad de posesión que Cristo ha tenido y tiene de la realidad: una posesión de la realidad según su destino eterno, una relación con el amado por su destino, según la forma revelada a la propia alma por Dios. Vivir la relación con una persona sin amar su destino es no amar.

La virginidad es decir «Tú» al amado, afirmar que el destino del amado no soy yo, y que por ello no puedo hacer de él lo que me parece. Tú eres distinto de mí, no eres el resultado de una idea mía, de un pensamiento mío, eres distinto de mí. ¡Qué dignidad, qué sacralidad descubrirías si dijeras de verdad «Tú» al amigo, a la novia! ¡«Tú»! De este modo, si yo te miro según tu verdadero origen, según tu verdadero destino, según aquello de lo que estás hecho en última instancia, justamente cuando te miro así, tu figura se vuelve potentísima ante mis ojos, puedo amar tu realidad, puedo adorar tu forma. Si uno no ha amado así nunca, si nunca ha sentido este movimiento dentro de sí, esta veneración, esta adoración imprevista del rostro de la amada, del rostro del amigo, no ha experimentado todavía lo que es el amor.

¡Menuda historia, amigos! Y vosotros os preocupáis por no estar aburridos en clase, por encontrar novia... ¡pero mirad qué posibilidad más grande! Cuando Cristo llega a ser el pensamiento dominante de nuestro pensar y de nuestro actuar, todo, incluso la dificultad y la muerte, todo se vuelve adorable, amable. Nada se deshecha. Nada es inútil. Esta es la promesa: el cumplimiento de tu deseo de ser “vergonzosamente” feliz. El camino es sencillo. Basta decir que sí con sencillez y lealtad. Cantamos *Favola*.

Favola

Quisiera añadir una nota de método muy sencilla. Espero haberos comunicado, tal como lo percibo, como lo he percibido partiendo de vuestras contribuciones, el misterio en el que estamos participando. El Jueves Santo, la celebración de la comunión, la Eucaristía, el ser «uno» con Él; el Viernes Santo, el caminar con Cristo a lo largo del Vía Crucis. Entonces, la indicación es muy sencilla: es necesario que nos identifiquemos con Él. Para identificarse con algo que no eres tú, es necesario seguir las indicaciones que te dan, hay que seguir un orden que no te has dado tú. Por eso os pido, sobre todo, que no interpretéis o reinventéis, sino que os adheráis con sencillez y lealtad. En estos días tendréis también muchos momentos de silencio, utilizad con inteligencia

los instrumentos a vuestra disposición: el cuadernillo, vuestros apuntes. Leedlos no con la intención de comprenderlos de forma abstracta, sino de entrar, de identificaros con lo que se os ha dicho. Que el camino del Vía Crucis sea un caminar con Cristo. Que todos los momentos que vais a vivir estos días signifiquen entrar, atravesar el umbral de esta relación. Habrá también muchos momentos en los que estaréis distraídos; como decía ayer, no pasa nada: en cuanto os deis cuenta de vuestra distracción, ¡volved a empezar! Si yo me distraigo, si el amigo se distrae, yo te ayudo, y se vuelve a empezar. Cristo ha prometido que quien entre en esta relación recibirá el ciento por uno, una vida nueva. Esta es la verificación. Os aseguro que es verdad. ¡Buen trabajo!

ASAMBLEA
JOSÉ MEDINA
Sábado 19 de abril, por la mañana

Ballata dell'uomo vecchio
Lela
Il popolo canta

Alberto Bonfanti. La riqueza y la vivacidad de las asambleas que han tenido lugar en los hoteles testimonian que cada uno de nosotros ha participado de forma personal en el gesto de estos días, un gesto hecho de escucha, de canto, de oración personal, de camino. Cada uno se ha implicado, se ha comparado con la propuesta. Hemos escogido algunas preguntas que nos parece que tocan algunos puntos fundamentales, no para agotarlos, sino para relanzar a un trabajo que continuará los próximos meses.

Quisiera introducir la asamblea leyendo el mensaje que nuestro amigo Julián Carrón ha querido hacernos llegar, aunque se halla en Nueva Zelanda y en Australia para encontrarse con nuestros amigos que viven allí. Es impresionante cómo sintetiza de forma admirable el corazón de la propuesta que nos hemos hecho estos días.

«Queridos amigos, el deseo de ser feliz aparece antes o después en la vida de cada persona. Desde ese momento la vida es distinta, y uno comprende que se trata de algo serio. “Mi vida es mía, irreductiblemente mía”, decía don Giussani. Nada hay tan serio como la vida. Porque está en juego la felicidad, es decir, la razón de la vida.

Entonces la vida se vuelve dramática.

¿Por qué?

Porque ya no se puede vivir como si este deseo tan apremiante no se hubiese manifestado. Por el mismo hecho de advertirlo, yo ya soy distinto. Desde el momento en que lo presiento, dejo de ser un niño.

Empieza entonces la aventura de la vida, y con ella la lucha.

Es la lucha entre tomarse en serio este deseo y hacer como si no lo hubiésemos advertido.

Pero hay un inconveniente: es necesario quererse verdaderamente a uno mismo para comenzar esta lucha a la que me empuja incansablemente mi ser, mi humanidad.

La vida es, al final, un problema de afecto, de afecto por uno mismo.

Justamente para despertar este afecto, “Uno murió por todos”. Y, al resucitar, ha vencido. Como testimonian los rostros de Pedro y de Juan, que corren hacia el sepulcro la mañana de la resurrección.

¿Quién no desea un afecto así?

Feliz Pascua, amigos.

Julián Carrón»²⁷.

El jueves se planteó la cuestión del desierto, de que teníamos el desierto a nuestro alrededor. Tú decías que si uno ve cómo avanza el desierto y se da cuenta del desierto, no le pertenece, y que si uno se da cuenta de su propio límite, de su propio dolor, no

pertenece a ese límite y a ese dolor. En realidad, la cosa no me cuadraba, porque yo con frecuencia me doy cuenta de mis límites, de lo que me cuestan las cosas, de que no comprendo, y me sucede exactamente lo opuesto: me siento aplastada por mis límites. También dijiste que corresponde a la naturaleza del corazón del hombre darse cuenta del límite y no pertenecerle; me parecía que se trababa de algo natural, casi espontáneo, automático, pero a mí me pasa exactamente lo contrario. ¿Por qué dices que uno se da cuenta de que no pertenece al desierto? ¿Cómo puedo hacer para no pertenecer, para no verme aplastada por mis límites?

José Medina. De todas las cosas que he dicho, esta es la que más se te ha quedado. ¿Por qué?

Porque la vivo cotidianamente más que las demás.

Medina. Y por eso te has dado cuenta. Te ha impresionado este punto porque te juzga, porque tiene que ver contigo. ¿Te acuerdas de lo que dije antes de leer la cita de Giussani sobre el desierto?

No.

Medina. Precisamente al comienzo, el jueves por la noche, hablamos de que ante la vida, cuando partimos de la idea de que podemos resolver todo por nosotros mismos, antes o después nos damos cuenta de que no somos capaces de hacerlo. Y entonces el límite, el hecho de no ser capaz de conseguirlo, te fastidia, porque no quieres que nada te limite. Ante este límite, ¿qué haces tú habitualmente?

Me enfado, porque me doy cuenta de que siempre dejo que me limiten y me aplasten las cosas banales. Por eso me digo: no es posible que cuando me sucede algo durante el día, aunque sea pequeño – una discusión con mi madre, una mala nota en la escuela o no conseguir quedar con mis amigos –, todo lo demás se vea determinado por esto.

Medina. Entonces, si ante el límite tú dices: esto no va bien, y añades otras experiencias, y sigue sin ir bien, otras cuantas más, y nada va bien; entonces, ¿qué dices de la vida? Si unes todas estas circunstancias, ¿qué es la vida para ti? Si dices que tienes el deseo de ser perfecta, ilimitada, de que la vida sea bella, y luego te encuentras delante muchas circunstancias que no son como tú querías, entonces, ¿qué es la vida?

Dicho así parece que no queda nada.

Medina. Parece que no queda nada, sería una condena vivir así. Imagínate que tienes sed, y que alguien te diga: «¿Quieres agua?». Y tú: «Sí, quiero agua». Y él: «No puedes beberla». Al cabo de un rato te dice de nuevo: «¿Tienes sed?». «Sí», respondes tú, y de nuevo te dice: «No, no puedes beberla». Tú deseas el agua y tienes la intuición de que es necesaria para ti. Pero si lo que te sucede es que esa agua que tienes ante ti no la puedes beber, entonces, ¿qué te parecerá la vida? Uno se dirige a Dios y pregunta: «Perdona, pero, ¿por qué me has creado con este deseo insaciable?». Nietzsche decía: me odio a mí mismo, odio mi deseo, porque cada vez que me tomo en serio la vida, cada vez que por un momento hago experiencia de este deseo, no hay nada que lo cumpla. Entonces, si la vida es esto, ¿tú que haces? Renuncias. Con frecuencia decimos: «Tengo sed, pero como no tengo agua al alcance de la mano, entonces no tengo sed». Pero, ¿es suficiente olvidarse y convencerse de que no tienes sed? ¿Te parece razonable esto?

No.

Medina. Existe otra posibilidad, que es profundamente razonable y humana: reconocer que si tengo en mí este deseo, es porque hay algo que lo cumple. Pero hemos llegado a un punto (hablábamos de ello el jueves en la introducción) en que hacemos todo lo posible para olvidar nuestro deseo. Pero no puedes decirme que esto es razonable o humano, porque el deseo lo tenemos en cualquier caso, no lo creamos nosotros. Tú deseas ser querida, pero como nadie te quiere, como este amor que tú deseas no lo ves ahora, entonces dices: «Es solo un pensamiento mío, no tiene importancia». Darte cuenta del deseo que tienes y del límite que percibes en ti, ¿qué dice de ti misma? Si tienes el deseo de ser querida, pero no te parece posible ser querida totalmente; si quieres ser feliz, pero las cosas que haces o que otros te pueden dar no te hacen feliz, ¿qué dice esto de ti misma? Nosotros buscamos la felicidad, intentamos encontrarla verdaderamente. Conoces a un chico, tratas de estudiar para tener una carrera que te satisfaga, y sin embargo nada parece cumplir tu deseo. Es una realidad común a todos. Tú querrías ser querida para siempre, pero parece imposible, parece que existe un límite insuperable. ¿Qué dice esto de ti misma?

Que no soy capaz, que no soy capaz y ya está.

Medina. Bien, tú te quedas ahí, en la constatación del límite. Yo te propongo ir más allá. Tú dices: no soy capaz, la realidad no puede, vosotros no sois capaces de cumplir vuestro deseo. Yo os digo: ante el límite, surge en mí el pensamiento de que tal vez yo no estoy hecho para este desierto, tal vez yo soy de otro, tengo un sentido. Tal vez estoy loco, porque tengo la impresión de no pertenecer a este mundo, porque nada me satisface, nada me basta. Puedo tener todo lo que queráis, mucho dinero, todo lo que podáis imaginar, pero no me basta. Entonces, repíteme lo que has comprendido.

Que si yo advierto que en este mundo nada de lo que pueda tener o de lo que puedan darme me basta, entonces pido que me quiten...

Medina. ¿Te das cuenta de que lo que estás pidiendo es que te quiten el deseo?

No sé. El deseo existe, pero pido: «Dale satisfacción», así por lo menos estoy tranquila.

Medina. Es interesante porque tú pides que te quiten el deseo, que desaparezca, así por lo menos estarás tranquila, no pides su cumplimiento. Ante la experiencia de desear el agua, dices: «Jesús, haz que no tenga sed», no le pides agua a Jesús. ¿Se entiende? Ante el deseo de ser querida, pides: «Señor, haz que no sienta este deseo de ser querida», en lugar de preguntar: «Señor, ¿me quieres?». ¿Entiendes la diferencia? Al final, la mentalidad dominante en la que vivimos se documenta justamente como voluntad de eliminar el deseo, de borrarlo. Pero yo no quiero olvidar el deseo de que mi vida se cumpla, quiero encontrar aquello que la cumple. En tu opinión, ¿es lo mismo?

Creo que no. No lo sé, no sabría decir. Es difícil.

Medina. Imagínate que estás en la cárcel, sentada en una silla tras los barrotes, en una celda pequeña. Estás presa. ¿Qué pedirías?

Poder salir.

Medina. Perfecto. ¿Qué hace brotar en ti la experiencia de esa realidad?

El pensamiento de que no quiero estar ahí.

Medina. Es decir, el deseo de ser libre. Entonces, ante este deseo, ¿qué haces? En vista de que hay barrotes y no puedes salir, dices: «Señor, haz que no sienta que no soy

libre, haz que no sienta que soy esclavo. Permanezco en prisión, me basta con no sentir este deseo de libertad». ¿Te parece razonable esta actitud?

No.

Medina. Estarías loca si te comportaras así. Estás ahí, sentada... «¿Quieres ser libre?». «No, en verdad, no. Simplemente no quiero sentir este deseo de libertad que tengo». Por eso, nuestra oración es muchas veces pietista, porque le pedimos al Señor que borre nuestra humanidad. Ante el dolor que experimento le pido al Señor que me quite el deseo. Pero si tú estuvieses en prisión y quisieses ser libre, ¿qué harías?

Pediría poder salir.

Medina. Pides salir. Y si no te dejan salir, ¿qué haces? ¿Le pides a algún amigo un poco astuto que te ayude a escapar? Si eres inteligente, al mirar esta experiencia, ¿qué te dice este deseo de libertad que percibes en ti? Evidentemente, nunca has estado en la cárcel; piensa que estás en el aula: estás en clase y no puedes más, estás aburrida y dices, un poco como decía Jesús en la primera parte de Su diálogo con el Padre: «Haz que pase de mí esta hora». Estás en clase como si estuvieras en la cárcel, y quieres ser libre. ¿Qué dice de ti misma esta experiencia?

Que mi deseo es ser libre.

Medina. Tu deseo es este, pero la realidad te está diciendo otra cosa. Entonces, ¿tú eres de la realidad o eres otra cosa?

Soy otra cosa.

Medina. De forma inmediata, la experiencia que haces todos los días te dice que eres otra cosa, que no eres de este mundo, y te empuja a buscar otra cosa, porque este mundo es demasiado pequeño para ti, es demasiado poco para ti. Y esto te parece una experiencia natural, sencilla. Es sencilla, pero no es automática. Yo percibo en mi corazón un gran deseo: el deseo de ser libre y de ser feliz, de amar y de ser amado, y al mismo tiempo advierto una desproporción inmensa, porque parece que nada a mi alrededor tiene la capacidad de cumplir ese deseo. Entonces, considero todo esto y digo: yo no soy de este mundo, tal vez vengo de otro mundo, soy un extraterrestre. Conozco las cosas, pero es como si no hubiese *feeling*, no me resultan familiares, no me bastan, yo quiero otra cosa. Pensaba en esto hace algunos años al ver la película *Superman*: el protagonista llega a la Tierra desde otro planeta, vive en una familia, pero siempre está incómodo. Tú pareces como yo, tu rostro es como el mío, pero yo no soy tú, tú no me bastas, ¡quizá soy de otro mundo! Esta película refleja una experiencia cotidiana: dentro de la experiencia del límite me doy cuenta de que no soy de este mundo, de que hay dentro de mí algo que pertenece a Otro. En este sentido decía el jueves que es natural reconocer esto; es natural porque si miras tu experiencia, descubres esto. Pero no confundamos lo que es natural con lo que surge de forma espontánea; es natural, ¡pero no es automático! Piensa un poco: la dificultad que tú y yo hemos tenido en nuestra conversación deriva de que lo que es automático para ti es no ser tú misma, es decir, ante el deseo de querer agua, tú dices: «No deseo agua»; te enamoras, quieres ser amada por ese chico, pero dices: «No, no me he enamorado», y te convences de esto. Es algo automático en nosotros: borrar lo que somos, pensando que así nos quedamos tranquilos. Ante la extrañeza que siento, ante el hecho de que nada a mi alrededor me basta, de que yo no soy de este mundo, ¿qué es lo que hago? Digo: «No es verdad». Por

eso se necesita un instante de lealtad con nosotros mismos: lealtad, razonabilidad con nosotros mismos, pero sobre todo lealtad y, como decía Julián, afecto por nosotros mismos, porque si yo tengo el deseo de ser libre, entonces deseo ser libre. No vengas a decirme que no tienes este deseo. No vengas a decirme que el hecho de no conseguir ser libre hace desaparecer tu deseo; es lo contrario, hace que se vuelva más grande. Y esto sucede porque mi deseo está como latente dentro de mí, lo tengo en cualquier caso. Y si ahora hacen un cordón policial a la salida del salón y dicen: «¡Nadie puede salir!», ¿qué sucede con mi deseo? Se hace todavía más grande, no me digas que disminuye o que desaparece porque me digan que no puedo salir. Cuanto más percibo el límite, más potente se vuelve mi deseo. ¿Comprendes que esto es natural? El problema es que, en cambio, lo que nos sale de forma automática y espontánea es decir que esto no es verdad. Entonces es un problema de lealtad con nosotros mismos, de afecto por lo que somos. Piensa en lo que significa conocer a una persona que me permita expresarme a mí mismo, mi deseo, que me permita decir: «Quiero ser libre». Tú estás en la cárcel desde hace veinte años, o mejor, estás en la escuela desde hace quince años, la profesora da su clase, hasta que llega alguien que se sienta a tu lado y despierta tu deseo, te permite ser leal contigo misma. Esto es ya un bien, porque su compañía, su cercanía te permite ser tú misma, te permite vencer la inercia de lo espontáneo, de lo aparente, que te hace decir: «Todos hacen esto, voy a clase desde hace quince años, vamos todos, tenemos que ir», que te permite vencer la actitud que, ante el deseo de ser libre y feliz, te hace decir: «¡Olvida esto!». En cambio, es interesante que alguien te permita ser tú misma, porque significa que esta persona, que no es de este mundo, está aquí. Entonces, ¿qué te dice lo que acabo de decir con relación a tu pregunta?

Que tengo que quererme a mí misma, que no debo limitar mi deseo porque en cualquier caso lo tengo, por ello...

Medina. ¡Está bien así! Has entendido que el problema de la vida es quererse a uno mismo y ser leal con uno mismo. El hecho de percibir el límite a mi alrededor me hace descubrir inmediatamente que yo no soy solo esto, que yo soy otra cosa. Decir: «Tengo que quererme a mí misma» te hace sentir inmediatamente que lo que más te apremia en la vida es encontrar a alguien que te permita quererte, porque tú sola no eres capaz; te urge encontrar a alguien que te permita ser tú misma. Entonces la vida se vuelve más sencilla, porque ahora tienes una exigencia con la que entrar en las circunstancias: quiero encontrar a alguien que me permita desear, ser yo misma, caminar. Y, ¿cómo saber, cuando te encuentras con alguien, que es esa persona la que te permite ser tú misma?

Lo sabría si experimentase enseguida un cambio.

Medina. Sientes enseguida que, al estar con ella, tu límite ya no es un problema en el sentido que decías antes: «Me aplasta, me hace olvidarme de mí misma», sino que te hace desear más. Por desgracia, tenemos miedo de desear. Estamos como sentados en la cárcel, y cuando surge en nosotros el deseo de ser felices, lo aplastamos.

Gracias.

En estos días se ha dicho que para poder afirmarse a uno mismo hace falta reconocer a otro, porque al final el resto de las opciones son vanas. Mi duda es si no

existe el riesgo de perder la individualidad, es decir, que al final lo que estoy afirmando no es a mí mismo en verdad.

Medina. Piensa en lo que le acabo de decir a tu amiga. Si tú deseas quererte de verdad, debes encontrar a alguien que te permita ser tú mismo.

Pero si encontrar a esta persona quiere decir ponerse completamente en sus manos, entonces no eres tú, sino él; como dijiste el jueves y el viernes, para poderme reconocer de verdad a mí mismo no debo centrar todo en mí, no debo ver todo pensando en mí como el único protagonista, sino...

Medina. Seamos leales con lo que se ha dicho aquí, porque tu objeción es una interpretación tuya de lo que yo he dicho. Es necesario entender bien lo que he dicho. El hecho de que yo, mi presencia, te haga sentirte más tú mismo, ¿significa que tú quedas eliminado?

No, en estos términos no, pero cuando esto llega a ser más radical, es decir, cuando se pasa de decir que tienes un amigo a decir: «El amigo es tú», cuando alguien te dice que para ser tú mismo debes ser ese amigo, la cosa es menos obvia.

Medina. Si al estar conmigo te sientes más tú mismo, si es bonito estar conmigo, si puedes disfrutar de verdad de la vida, ¿qué te dice este hecho? Has estado aquí tres días. ¿Han sido unos días bonitos?

Sí.

Medina. ¿Cómo te has sentido?

Bien.

Medina. ¿Qué has experimentado en la compañía de todas estas personas? ¿Eres hoy más tú mismo que el miércoles pasado? ¿Te sientes más tú mismo?

Creo que sí, porque soy más consciente de las preguntas que tengo.

Medina. Muy bien, eres más consciente. Estar aquí con seis mil personas te ha ayudado. El hecho de haber estado este fin de semana conmigo, con nosotros. ¿Lo percibes como un bien o como un mal?

Como un bien.

Medina. Según pasa el tiempo, cuanto más tiempo pasas con nosotros, continúa esta percepción de un bien. En un momento dado, piensas: «Al estar contigo me siento fenomenal, puedo ser yo mismo, no me siento esclavo», porque esto quiere decir ser uno mismo, «no me siento aplastado por la realidad, sino que siento este deseo dentro de mí que me lanza a la realidad, puedo disfrutar de la vida». ¿Qué haces entonces con esta experiencia?

Sigo estando contigo.

Medina. Sigues estando conmigo. Y sigues. Y después de años, ¿qué haces con esta experiencia? Si estuviese en tu pellejo, me produciría curiosidad, querría saber por qué correspondes tanto a lo que deseo, por qué contigo me siento bien, me siento más vivo. En estos días, ¿has hecho lo que has querido? Desde hace tres días hacemos lo que otro nos dice. Llego al hotel y me dicen: «La cena es a las 8; a las 8,25 tienes que estar aquí de nuevo». ¿Has sentido que perdías algo al obedecer a otro?

No.

Medina. Entonces, tu experiencia de estos días responde a tu pregunta. Si estás en un lugar en el que haces lo que se te dice, en el que al obedecer descubres un bien para ti y no te pierdes a ti mismo, ¿por qué tienes esta objeción?

Porque no siempre sucede esto, no paso así todo el año.

Medina. ¿Por qué no? ¿Acaso termina hoy la propuesta de GS? Estar aquí los seis mil que estamos, escuchar a uno que ni siquiera habla bien italiano, ¿es distinto de estar en clase? ¿Por qué ir a clase es distinto de tener que hacer aquí lo que otro te dice? También en la escuela te dicen siempre lo que tienes que hacer, ¿qué diferencia hay?

En realidad no sé si hay tanta diferencia.

Medina. En efecto, no hay diferencia. Entonces, ¿por qué lo vives de forma distinta? ¿Qué hay aquí que no hay allí? El problema no es lo que haces, porque es bastante parecido, es más, uno podría incluso pensar que tiene casi más libertad para hacer lo que quiere en la escuela que aquí. Aquí te dicen: «Haz silencio en el autobús». ¿Hay alguien en la escuela que te diga esto? Si en la escuela te dicen: «Haz silencio en el autobús», ¿lo haces?

No, no lo hago.

Medina. No lo haces. ¿Por qué? Si lo dice tu profesora...

No hay un motivo para hacerlo.

Medina. ¿Por qué? ¿Cuál sería un motivo para hacerlo? ¿Para qué te ha servido el silencio estos días?

Para tener espacio para reflexionar.

Medina. Perdona, pero, cuando estás en la escuela, ¿no necesitas reflexionar? ¿Qué haces para reflexionar?

Estoy callado.

Medina. Pero tú en la escuela no lo haces.

De vez en cuando sí...

Medina. ¿Te das cuenta de que nuestra vida aquí, en estos tres días, no es distinta de la vida que vivirás la semana que viene? La propuesta es clara: hemos hecho y hacemos la Escuela de comunidad, rezamos juntos, miramos lo que sucede y vemos qué dice esta experiencia acerca de nuestra vida. Pero si después de haber rezado todos estos días, después de habernos tomado en serio la vida, de haber permitido que la realidad despertase las preguntas descubriéndonos a nosotros mismos, si te olvidas de todo esto y vuelves a vivir como antes, ¿por qué esperas un resultado distinto? Es como decir: has estado aquí y has dicho que sí doscientas veces, – y no es normal que un chaval haga silencio, no es espontáneo, hasta el punto de que si el profesor te dice: «Estate callado», tú dices. «¡Estás loco!». ¿Es verdad que sucede esto? Para ti no es espontáneo estar en clase en silencio. En cambio, aquí alguien te ha dicho: «Estos días estate en silencio», y tú has dicho: «Sí». Has pasado tres días diciendo que sí y al final, después de haber hecho silencio, reconoces en tu experiencia un bien, reconoces que vivir así te hace bien. Entonces, ¿en qué se diferencia esto de estar en la escuela? ¿Cuál es la diferencia?

Quizá aquí es un poco más explícito, es más evidente que es un bien para mí, mientras que en la escuela...

Medina. ¿Por qué es más evidente? Si me pones un ejemplo quizá pueda entenderlo mejor.

Estoy contento de haber hecho el Vía Crucis, cuatro horas caminando y rezando; quizá no piensas: «Me voy a divertir un montón», pero al final estoy contento de haberlo hecho.

Medina. El Vía Crucis de cuatro horas, ¿es lo que haces habitualmente con tus amigos los viernes? «¿Qué haces esta noche?». «Vamos a hacer un Vía Crucis de cuatro horas». No te sale decir esto. La diferencia que yo veo es que tú, en estos días, has dicho que sí, has aceptado vivir la vida como te ha propuesto alguien, en este caso, fundamentalmente – aunque no solo –, he sido yo, que te he pedido vivir de un cierto modo incluso los detalles: hacer silencio en el autobús, retomar las lecciones, caminar, incluso se te ha dicho cuándo levantarte y cuándo comer. Y al vivir la vida con mi mirada, te has dado cuenta de que era un bien para ti, y a esto tú has dicho que sí. Entonces, ¿por qué dices que tu individualidad se pierde cuando sigues a otro? A mí me parece que es justamente al contrario.

El hecho de que no hayas tenido elección – en realidad, sí tienes posibilidad de elección: puedes decir que sí, y hacer silencio, o puedes decir que no, y ponerte a hablar –, ¿ha ido en tu contra?

No.

Medina. ¿Veis cómo la objeción que muchas veces planteamos no se corresponde con la experiencia? Esto es lo que me gustaría subrayar. Si miras tu experiencia, si te observas en acción, muchas de las objeciones que tienes no se mantienen en pie. ¿Por qué? Porque, por ejemplo, tu objeción acerca de la individualidad («si sigo, me pierdo a mí mismo») se debe a una interpretación tuya de lo que quiere decir seguir, pero tu experiencia de seguir la tienes ante ti, la has vivido estos días y te has encontrado con un bien para ti. La belleza de nuestro estar juntos es que estamos en camino, y por eso es continua la posibilidad de seguir, de vivir la vida con el mismo corazón de otro que te permite ser verdaderamente tú mismo, abrazar tu deseo. Y esto, en mi opinión, es evidente, porque sale a la luz en la experiencia. Pero nosotros no escuchamos la experiencia, escuchamos solo nuestras ideas, y por eso es suficiente que alguien nos diga: «¿Cómo has vivido estos días? ¿Han sido un bien para ti? ¿Estás seguro?» para que reaccionemos enseguida diciendo: «Sí, pero tengo un problema con el seguimiento». Significa que tú tienes una interpretación de lo que significa seguir, y es que seguir elimina tu persona; y en cambio, hablando contigo y con la amiga que te ha precedido, se ve justamente lo contrario, la experiencia te hace ver lo contrario. Es natural que sea así. Cuando te enamoras de una chica, quieres estar con ella, quieres mirar la vida como la ve ella, pero esto no te elimina a ti mismo; es más, cuando te enamoras consigues vivir mejor. Es natural, que quiere decir que esta es la dinámica de lo humano. La dinámica de lo humano es que en la relación con mi madre, en la relación con ciertos amigos, descubro que soy yo mismo. Entonces, la objeción de que se niega la individualidad al seguir viene de que pensamos que podemos existir por nosotros mismos. Existir por nosotros mismos significa pensar que yo me doy la consistencia, que lo que más valor tiene soy yo, solo, yo solo. Pero yo no soy capaz de ser yo mismo si no es en relación con otro. Esta es la verificación que percibís cuando os enamoráis: si estoy contigo, respiro mejor, percibo en ti un bien y por eso quiero estar contigo. Por desgracia, rápidamente lleváis a cabo todas las reducciones posibles,

reinventáis todo y del amor inicial queda bien poco. Pero esta es la cuestión. Daos cuenta de que vosotros y yo vivimos como hombres modernos que deciden que es mejor no ser ellos mismos, que es mejor no desear, que el valor supremo de la vida es el “yo” solo, la individualidad. Pero la experiencia no dice esto. Tu experiencia de estos días dice lo contrario de esto. Entonces, consciente de que estos días has hecho la experiencia de un bien y de que, cuando no estás aquí, como decías, no existe este bien, entonces, ¿cuál es para ti el problema de la vida?

Quizá dejar esto a un lado para encajar todo en una lógica ajustada.

Medina. ¿Os dais cuenta de que para nosotros todo consiste en eliminar algo? Me estás diciendo que el problema de la vida es «dejar a un lado». La amiga que intervino antes decía: el problema de la vida es resolver la cuestión del deseo eliminándolo, para estar al menos tranquila. Ante el deseo que tenemos del agua, nuestra propuesta es: olvídale, no lo muestres; si no lo consideras, el deseo desaparece. Has caminado tres días por el desierto y llegas por fin a donde hay agua. Vas a alcanzarla pero te chocas contra un cristal; ves el agua, pero hay un cristal de por medio y no puedes alcanzarla. Nuestra reacción es: pues miro para otro lado, y aunque hace tres días que no bebo agua y la necesito, ya no es un problema, y entonces todo va bien. El problema de la vida no es eliminar los problemas o dejarlos a un lado, sino seguir con curiosidad lo que te ha interesado. La tarea de la vida es seguir la fascinación que un encuentro ha suscitado en ti. No es dejar de lado tus pensamientos. Cuando escucháis decir: «Hay que darlo todo», preguntáis: «Pero, ¿todo, todo?». El problema no es tu “todo”, sino si hay algo fascinante ahí, y entonces yo quiero estar ahí, porque todo lo que tengo no es capaz de cumplir mi vida, y, en última instancia, no me interesa. Es como un hilo fino que se percibe en nuestro hablar, pero la reacción automática en nosotros es contraria a nuestra naturaleza. Cuando ves a una chica guapa, pero guapa de verdad, ¿qué es lo primero que piensas?

Pienso: ¡qué guapa!

Medina. Lo primero que deberías pensar es: me voy detrás de ella. El primer pensamiento no sería el deber de olvidar al resto de las chicas o dejarlas a un lado. El problema es que si he visto algo fascinante, cuanto más cerca estoy de eso que he visto, más experimento un bien. Entonces mi problema es permanecer aquí, en este lugar que representa un bien para mi vida. ¿Cómo puedo estar más contigo? Piensa que esta es la experiencia de los apóstoles, que iban detrás de Jesús con una curiosidad que deseaba la verdad, seguían la intuición que habían tenido. Cuando volvéis a casa en el autobús, en un momento dado deberíais preguntaros: ¿será posible vivir la escuela como hemos vivido estos días? El problema no es eliminar u olvidar la escuela, sino tener la curiosidad de descubrir cómo hará Dios posible para mí vivir todo de forma verdadera, incluso la escuela.

Bonfanti. Este punto me parece decisivo: seguir lo que te ha interesado. Esta es justamente la experiencia de Pedro y de Juan. La experiencia que muchos de nosotros hemos tenido ha sido la de una fascinación provocada por un encuentro. Si pienso en mi experiencia, lo que me ha hecho crecer, lo que sigue haciéndome crecer es seguir lo que

me ha fascinado, y no todas las dudas que surgen. Todo está implicado dentro de este seguimiento.

Me ha impresionado tu insistencia en el contraste entre la idea que tengo y el designio de Otro sobre mí. Has dicho que nuestra vida se cumple cuando nos adherimos a este proyecto. Pero yo sigo estando apegada a lo que pienso y quiero, porque en mí permanece la duda atroz de que, en el fondo, lo que Dios tiene en mente para mí no es lo que verdaderamente me corresponde. Estoy, como decías, «en el umbral del Misterio», y es como si no consiguiese fiarme totalmente, tengo demasiado miedo.

Medina. ¿Miedo de qué?

De que no sea para mí, de que me cueste demasiado, de no ser feliz.

Medina. Tú ves a un chico y dices: «Este chico es guapísimo y me quiere», pero enseguida piensas: «Ay, no, tengo miedo». ¿Acaso te surge ese pensamiento? «Demasiado fascinante. Tengo miedo». Un poco extraña esta «fascinación», ¿no? ¿De dónde viene el miedo?

Tengo miedo de perder las personas y las cosas que siento como mías. Ya has respondido un poco cuando decías que, si una cosa te ha fascinado, esa es la cuestión. Se me ocurre esta imagen: es como si hubiese un barranco, yo estoy a un lado, y al otro lado está la cosa que más deseo, pero tengo miedo de saltar al otro lado. Me parece que a veces me bloquea este miedo.

Medina. Si veo algo fascinante, me olvido del móvil, me olvido de la novia – me contaba antes un amigo –, voy detrás de lo que he visto y solo después me doy cuenta de que he dejado todo lo demás. ¿Crees que esto ha supuesto un problema para mí cuando he visto algo fascinante? Daos cuenta de que cuando decís: «Tengo demasiado miedo», se trata de una objeción intelectual, fruto de la mentalidad moderna que obra dentro de nuestro corazón, es una objeción que no nace de la experiencia. Tú ves algo fascinante y te vas detrás, esta es la experiencia.

Sí, aunque la dificultad que sigue existiendo tiene que ver con el sacrificio. Por ejemplo: percibo que en la relación con un amigo, el modo de quererle mejor consiste en que la relación no sea como quiero yo; querría, pero no consigo sacrificarme completamente. Es como si supiese todo, estoy segura de mi fe, estoy segura de que Dios me quiere, pero después, al final...

Medina. ¡No sabes nada!

... me quedo apegada a mi idea.

Medina. Lo sabes todo intelectualmente, como discurso, pero no es tu pensamiento dominante. No sabes nada, porque saber es reconocer. Saber no es algo intelectual, sino conocer a otro. Quizá te sabes las palabras, pero conocerle a Él es otra cosa. Ves algo fascinante: es natural que te levantes y vayas hacia allí. Es natural. Aquí no hay ninguna teoría. Al venir a Rímíni desde Milán, había muchos Ferrari por la carretera. En un área de servicio he visto algunos aparcados, y como me encantan los coches bonitos, he ido para verlos de cerca. No se me ha ocurrido pensar: ahora Albertino me deja aquí, espero que no toque mi bolsa, mis cositas, son todas mías. La regla de la vida es seguir lo que es fascinante, que coincide justamente con ser verdaderamente uno mismo. No sabes lo

que es la felicidad hasta que no la reconoces, hasta que no la ves presentarse ante ti. Entonces, para ti la clave es encontrar alguien que te ayude a mirar con pasión lo que te fascina. ¿Has encontrado esto aquí?

Sí.

Medina. Entonces, ¿qué tienes que hacer?

Seguir mirando a estas personas.

Medina. Perfecto. Seguir mirando, es suficiente. Gracias.

Estos días nos has dicho una y otra vez que hay dos opciones: pensar que todo muere, que todo termina y que nada tiene sentido, o confiarse a Él, decirle que sí, identificarse con Cristo. Pero yo no entiendo qué quiere decir identificarse con Cristo, no sé cómo puede ser esto posible.

Medina. ¿Por qué supone esto un problema para ti?

Porque estos días has dicho que para confiarse a Él hace falta identificarse, y esto me interesa.

Medina. ¿Y por qué es Cristo un problema?

Porque me parece algo completamente distinto de mí.

Medina. Sí, es justo. Si lo piensas, identificarse quiere decir sentir la vida con el corazón de otro. Y este otro, en estos días, era yo, José Medina. Tú has percibido la vida a través de mi mirada. Te he pedido que estuvieras conmigo, que fueses una conmigo y que mirases conmigo. Pero para seguir de verdad no es suficiente hacer mecánicamente las mismas cosas que hago yo, por ejemplo sentarte como siento yo. Seguir es mirar con los ojos de otro, es permitir que la mirada de otro entre en mí.

Pero aunque yo intente mirar la vida como la ves tú o como la has descrito tú, no es lo mismo que decir: «Cristo»; en este caso eres tú, o bien otra persona, pero en cualquier caso no es Cristo.

Medina. No es Cristo. Pero, ¿qué sabes tú de Cristo?

Nada.

Medina. Nada, y sin embargo sostienes que no es Cristo. Si dices: «Esto no es Cristo», significa que sabes quién es Cristo.

Pues no. Es justamente el hecho de no saber quién es Cristo lo que me impide identificarme con Él.

Medina. ¿De verdad?

Si no conozco a una persona, ¿cómo puedo ver las cosas como las ve ella?

Medina. Estás hablando del misterio de la Encarnación. Así terminamos el Vía Crucis: tengo curiosidad por entender cómo ha decidido Él permanecer conmigo. A lo largo de estos días hemos hecho sugerencias, hemos visto signos, por lo menos a mí se me ha hecho evidente a través del sacramento de la Eucaristía: «Permaneced conmigo, comed mi carne», dijo Jesús a sus discípulos. Llegar a ser «uno» con Él, este es el sacramento objetivo. Pero también está la compañía, la encarnación de Cristo dentro de la comunión de los Suyos. Puesto que formamos parte de un movimiento que se llama «Comunión y Liberación», la palabra comunión es bastante importante para nosotros, porque Cristo ha decidido permanecer conmigo y contigo a través de una compañía humana, de modo que ambos podemos hacer hoy la misma experiencia que hicieron

Pedro y Juan: la experiencia de vivir con alguien que me hace ser más yo mismo, y que hace que, viviendo con él, siguiéndole, mirando la vida como la mira él, yo pueda ser libre, pueda ser más yo mismo. El mundo, que me parece tan poca cosa, se vuelve mío, las cosas que parecen aplastarme, que parecen estar en mi contra, solo por el hecho de que le conozco y de que miro las cosas como las mira él, todo esto me da una libertad enorme. Esta es la experiencia del cristianismo. Este es el Cristo que yo conozco. Te pregunto: ¿qué Cristo conoces tú? ¿Entiendes por qué hemos cantado: «Tiene el rostro que tienes tú, la cara que tienes tú, y para mí es terrible»²⁸? ¿Cómo es posible esto? Dios, en su gran misericordia, en su gran ternura hacia ti, ha introducido en el mundo a un hombre para que tú puedas conocer quién es Dios y quién eres tú. Atención, porque creemos que conocemos a Cristo, pero lo relegamos a las nubes. Pero Cristo está aquí, presente. Para mí decir estas cosas también es terrible: que a través de mi testimonio de la comunión con Él, yo sea Cristo para ti, admitir esto da un poco de miedo. Este es el Cristo que yo conozco: encontrar a un hombre con quien he percibido un bien en mi vida. Cuando leo a don Giussani en la Escuela de comunidad reconozco que tiene una mirada sobre mi vida que me aporta un bien. Entonces, ¿qué dice todo esto a tu pregunta?

Creo que he comprendido que, si estoy en la compañía de GS, puedo ver a Cristo a través de ellos, y por tanto Él se me hace presente.

Medina. Yo experimento una gran dificultad – lo siento, es una incapacidad que tengo –, y es que no consigo «ver» a Cristo a través de las personas. Cuando la gente me dice que consigue ver a Cristo, a mí me entra un poco de miedo, y pregunto: «Pero, ¿qué ves? ¿Ves quizá un fantasma que aparece?». Comprendo que es una expresión que resume un sentimiento extendido, pero a mí me parece que hace abstracto a Cristo. No digo que sea equivocada, en mi opinión es bonita, pero a mí me cuesta esa expresión.

Pero tú antes has dicho que ahora, tú eres Cristo para mí.

Medina. He dicho que tú, estando conmigo, haces experiencia de algo que no es de este mundo, que no es el desierto. Hay algo divino en ti. No eres tú, no es tu inteligencia o tu capacidad, pero hay algo divino en ti. Esto es lo que me interesa. ¿Entendéis? Y este es el motivo de que me cueste esta expresión, porque me parece que reduce al Misterio, lo cual es terrible. ¿Cómo es posible que mi vida haya cambiado así, que tu vida pueda cambiar por el hecho de estar conmigo? ¿Cómo es posible que un hombre como don Giussani haya cambiado mi vida, haya introducido en mi vida algo que no es de este mundo? Esto es la encarnación. Este es el Cristo que yo conozco. Y vuestra compañía es testimonio de algo nuevo solo si vive dentro de esta comunión. No es automático, porque para nosotros lo automático es el pasotismo, el sentarse y decir: vale, esperemos a que pase este deseo, hagamos lo que queremos. Cuando siento junto a mí a alguien que lleva en sí algo divino me entra un escalofrío, me hace estar incómodo, porque siento que no puedo decir las tonterías que digo habitualmente, siento que me hace estar un poco más derecho. Este es el Cristo que conozco. Cuando hablo de Otro no hablo de otro que está en las nubes, hablo de este Otro real, presente aquí y ahora. Cuando hablo de la obediencia, no la entiendo como quien dice: «Señor, dime qué debo hacer». Yo también he llegado a decir esto algunas veces: «Señor, dime lo que tengo que hacer». ¡Pero no respondía! No es así. Existe una fisicidad, una carnalidad que es

bella, terrible, porque es misterioso que Dios haya decidido ser un hombre contigo, junto a ti. Es terrible, porque provoca inmediatamente ese desgarramiento que te hace preguntar: «Pero, ¿cómo es posible?». Parece imposible, y sin embargo es fascinante y real. Y ante esa fascinación yo digo que sí; digo que sí ante la fascinación de la verdad que veo ante mí.

Pero si esta fascinación no la veo en las personas que conozco, ¿dónde la puedo ver?

Medina. Busca otras personas, busca algo que sea fascinante. No es que tú vayas a la escuela diciendo: «Tengo que enamorarme, veamos qué hay por aquí. Giacomo, no. Alfredo, no. Bueno, da igual, esto es lo que hay, enamórenos de uno cualquiera». No. Si no hay nadie que te fascine, ve a buscarlo a otro sitio.

Pero si tú dices que no se puede encontrar en las personas...

Medina. Digo que no se puede encontrar en este mundo como producto de nuestras manos, pero que está en el mundo gracias a la encarnación. La primera amiga decía: «Al estar aquí, contigo y con estos seis mil, me encuentro bien». Yo estoy hecho de carne, soy un hombre. Esta experiencia yo la he vivido con don Giussani, con Carrón: la experiencia de encontrar a alguien que es fascinante. Entonces quiero comprender mejor quién es. Y digo: «quiero comprender lo divino que hay en ti, de dónde viene esto divino que no es de este mundo, porque yo estoy cansado del mundo, pero en ti hay algo que me interesa». Piensa un poco, los discípulos le preguntan a Jesús: «¿Qué haces tú con el dinero? ¿Tienes que pagar impuestos? ¿Qué haces los sábados? ¿Cómo miras tú estas cosas?». Se te propone el fondo común: un modo nuevo de mirar el dinero. Se te propone la caritativa: un modo nuevo de mirar el amor. Se te propone la Escuela de comunidad: una mirada nueva sobre la vida. Entonces, ¿cómo puedes tú identificarte? Dices que sí a lo que se te propone y verificas si decir que sí (a la Escuela de comunidad, al fondo común, a la caritativa, a las vacaciones) es un bien, pero un bien a este nivel: que te hace desear más, porque si no, vivimos un aburguesamiento pietista. Hacemos las cosas, sí, pero para que todo esté tranquilo.

Has dicho que nuestra vida es, en general, una pretensión, que vivimos en la pretensión y que tenemos esta actitud incluso en la oración. Es verdad, yo cuando rezo estoy lleno de pretensión. Entonces, ¿qué debería pedir en la oración? Pongo un ejemplo: si tengo que pedir por un examen, es obvio que pido sacar una buena nota, no pido un tres.

Medina. ¿Le pides al Señor que te dé una buena nota?

Sí, a veces.

Medina. Este tema me cuesta un poco. Perdonadme, pero yo soy una persona muy literal. Ante tu petición, ¿qué debería hacer Dios? ¿Debería tomar el bolígrafo y decir: «Venga, ya hago yo el examen»? No entiendo.

No estaría mal... Yo pido siempre que me vaya bien. Entonces, ¿qué es lo que debería pedir en la oración?

Medina. ¿Qué te gustaría pedir? El problema es que habéis «apuñalado» vuestro deseo, hasta el punto de que pedís cosas verdaderamente pequeñas. Para ti, ¿la nota es lo

que hace la vida distinta? Imagínate que estuvieras en el umbral de la muerte, con todo lo que te urge en ese momento. ¿Es eso lo que pedirías?

No.

Medina. ¿Es esa petición la expresión más amplia de tu deseo?

No.

Medina. Porque lo que pides manifiesta qué es lo que deseas y qué piensas que te puede hacer feliz. Entonces, ¿qué te hace feliz?

¿Ahora? No lo sé.

Medina. No lo sabes.

Una buena nota en matemáticas no me disgustaría.

Medina. ¿Para qué te sirve la nota de matemáticas? ¿Tiene quizá el poder de hacerte vivir la vida como ha sucedido en estos días?

No.

Medina. Entonces, ¿por qué lo pides? Si tuvieras la oportunidad de encontrarte con el Presidente de la República y te dijera: «Eres el italiano más guapo del mundo. ¿Qué quieres?». «Lo que me gustaría de verdad es un seis en matemáticas». ¿Es todo lo que pides? ¿Qué le pedirías?

Le pediría que me hiciera feliz.

Medina. Bien. ¿Qué significa esto?

No lo sé.

Medina. ¿No lo sabes?

He venido aquí a preguntarlo.

Medina. Por eso digo que vuestra petición muchas veces es burguesa. ¿Por qué? Es burguesa porque pedís cosas verdaderamente pequeñas. Pequeñas en el sentido de lo que es conveniente; es conveniente sacar una matrícula de honor, es conveniente, hace la vida más sencilla, y la gente piensa que eres un tío estupendo. Pero, ¿te hace feliz? Si tienes la oportunidad de ser escuchado por Dios, pide lo que verdaderamente deseas. Y, ¿qué quieres? ¿No lo sabes?

No.

Medina: No sabemos lo que nos hace felices, porque la felicidad se encuentra, no es algo que se piensa y entonces se realiza. La felicidad no es algo que pueda hacer suceder yo, sino que es algo que se encuentra. Es verdad que es justo pedir por las cosas que me son queridas, por ejemplo, la salud de mi madre, pero consciente de que ni siquiera su curación me hace feliz en última instancia. Lo que me hace feliz es que Tú, Cristo, vienes a mi encuentro a través de esta realidad humana. Lo que me hace feliz es que yo Te pueda reconocer en todas las cosas que hago, reconocer algo misterioso, divino, en todas las circunstancias que afronto. Lo que me interesa es vivir la escuela con la misma intensidad con la que he vivido estos tres días, reconocer algo divino en todo, incluso en el sufrimiento y hasta en la muerte. Ciertamente, hay circunstancias que no quiero quizá porque no soy capaz de afrontarlas, porque estoy cansado, pero la dificultad no es un problema, nos dimos cuenta ayer, también Jesús experimentaba dificultad. Y si Jesús experimentaba esto, también nosotros podemos experimentarla al seguirle. Pero el modo que tenían Jesús y María de pedir es distinto del nuestro, porque Jesús dice: «No quiero pasar por esta dificultad, pero que se haga como tú dices, porque

lo que me interesa eres Tú, Padre». Esta es la oración cristiana. «Señor, cura a mi madre, pero que se haga según tu palabra, porque yo sé que Tú nos quieres a mí y a mi madre. Te digo que sí a Ti». Pedid lo que queráis – por amor de Dios –, pero pedid sobre todo poder descubrir algo divino, algo correspondiente, algo que no es de este mundo, algo bello, fascinante, en todo lo que hacéis. La buena nota pasa; ya has sacado una, está bien. Pero lo que me interesa es la posibilidad de encontrar algo divino, algo correspondiente, bello en esa tarea de la escuela, y así el instante está lleno de densidad. Os recomiendo esto: ¡caminemos juntos! No os dais cuenta, tal vez yo ya no me doy cuenta, pero para mí ha sido un espectáculo veros caminar juntos estos días. Ha sido precioso, conmovedor. Es un camino hacia Él. Es un camino para redescubrirse a uno mismo. Los discípulos emplearon tres años para comprender qué era la encarnación, quién es este hombre que es Cristo. Nosotros también necesitaremos algún tiempo. Aceptemos esto, tengamos la paciencia de seguir, porque la tentación en nosotros es obtener todo inmediatamente. Y, en cambio, eres invitado a caminar, a entrar en relación con Cristo en la carne, esta carne, no con un Cristo en las nubes. Eres invitado a decir que sí a lo que es fascinante, a esa intuición de verdad que has sentido. Y uno puede volver a casa del Triduo diciendo: «Si este estar juntos ha sido tan fascinante para mí, a lo mejor digo que sí también el lunes en la escuela». Es un camino, una educación. No os dais cuenta de la potencia inmensa que tiene que digáis que sí a lo que se os propone, con sencillez. «Mira, nosotros rezamos, hacemos Escuela de comunidad, estudiamos juntos de vez en cuando, vivimos juntos, aportamos al fondo común, hacemos caritativa». Di que sí a estas cosas, con sencillez, y te descubrirás cambiado, como te has descubierto cambiado estos días. Es la sencillez de decir que sí a lo que te ha fascinado, a lo que tienes delante, fascinante y correspondiente. Y es lo contrario a decir que no a todas las cosas a las que habitualmente decimos que no. El problema del joven rico no es que tuviese muchas cosas, sino que, en un momento dado, apartó la mirada de Cristo. En cambio, es natural, al escuchar a un amigo que te dice: «Voy a Rímini», responder: «Voy contigo», es decir, sigo algo fascinante, como han hecho muchos entre nosotros al ir tras la fascinación de producía un hombre, porque el libro *Los orígenes de la pretensión cristiana* es el testimonio de un hombre, don Giussani, que me ha hablado a mí y que te habla a ti, como hablo yo ahora, que me ha despertado y ahora yo sigo esa fascinación, porque todo lo demás, personalmente, no me interesa. «Prosigo [dice san Pablo] mi carrera para alcanzarlo», corriendo, caminando hacia Él. Lo demás, todo lo demás, es «basura», dice siempre san Pablo. Sin Cristo, lo demás es basura para mí, no me sirve, lo trato como basura: lo tiro, no me interesa, no me interesa en el sentido de que no veo su valor, no me interesa porque sin Ti la vida es una condena, pero contigo la vida es bella. El problema no es la vida, el problema no es la circunstancia, el problema es cuando Tú, Cristo, no estás, porque cuando Tú estás, entonces yo vivo. ¡Esto es todo!

Concluamos cantando juntos el canto de alabanza a María.

Regina Coeli

-
- ¹ T.S. Eliot, «Coros de “La piedra”», en *Poesías reunidas 1909-1962*, Madrid, Alianza 1995, p. 182.
- ² Cf. *Flp* 3,12.
- ³ Cf. J. Carrón, «También nosotros queremos ser “vergonzosamente” felices». *La vida como vocación*. Jornada de apertura de curso de Gioventù Studentesca, Milán, 6 octubre 2012.
- ⁴ Cf. A. Schopenhauer, *El mundo como voluntad y representación*, Akal, Madrid 2005.
- ⁵ Cfr. F.W. Nietzsche, *La gaia scienza e Idilli di Messina*, Adelphi, Milano 1995, p. 223.
- ⁶ J. Kerouac, *Angeli della desolazione*, in *Romanzi*, Mondadori, Milano 2001, p. 1075.
- ⁷ *Ibidem*, p. 1162.
- ⁸ Francisco, *Mensaje para la XXIX Jornada mundial de la juventud 2014*, 2.
- ⁹ Cf. *Le lettere di Santa Caterina da Siena*, vol. III, Giunti-Barbera, Firenze 1970, p. 204.
- ¹⁰ L. Giussani, *Ciò che abbiamo di più caro (1988-1989)*, Bur, Milano 2011, pp. 491-492.
- ¹¹ P. Lagerkvist, «Uno sconosciuto è il mio amico», in *Poesie*, Guaraldi-Nuova Compagnia Editrice, Rimini-Forlì 1991, p. 111.
- ¹² «Hoy cantaré», en *Cancionero*, Comunion y Liberación, Madrid 2007, p. 248.
- ¹³ Cf. *Lc* 1,34.38.
- ¹⁴ Cf. G. Cocquio, «Abramo», *Canti*, Società Coop. Ed. Nuovo Mondo, Milano 2014, pp. 179-180.
- ¹⁵ *Gn* 15,3-4.
- ¹⁶ Cf. *Gn* 18,12.
- ¹⁷ Cf. *Gn* 18,14.
- ¹⁸ *Gn* 22,2.
- ¹⁹ *Jn* 6,53-56.
- ²⁰ Cf. *Jn* 6,61-67.
- ²¹ Cf. *Lc* 18,18.22.
- ²² Cf. *Ga* 2,20.
- ²³ Cf. *Mt* 19,29; *Mc* 10,29-30.
- ²⁴ P. Claudel, *La anunciación a María*, Encuentro, Madrid 1991, pp. 79. 81. 85-87.
- ²⁵ *Ibidem*, p. 88.
- ²⁶ *Ibidem*, pp. 173-174.
- ²⁷ J. Carrón, Saludo al término del Triduo pascual de GS. Rímini, 19 abril 2014.
- ²⁸ C. Chieffo, «Ballata dell'uomo vecchio», en *Cancionero*, op. cit. p. 321.